

don Constantino, manifestó á su hija las sospechas que abrigaba al propio tiempo que el placer que la causaria un enlace entre los dos primos.

— Hace dias que anhele un momento oportuno para manifestaros el estado de mi corazon, y nunca lo puedo conseguir, dijo el pintor.

— ¿ Y por qué ?

— Muy sencillo ; no estáis cinco minutos séria, y mi revelacion es muy grave.

— ¿ De véras ?

-- Como que de ella depende la felicidad de toda mi vida.

— En ese caso hablad ; os escucho con profunda atencion.

— Concluyo en dos palabras ; pero ántes de pronunciarlas deseo saber el estado de vuestro corazon.

— ¿ De mi corazon ?

— Sí, querida mia, y las ideas que abrigáis acerca del amor.

— Muy altas, muy elevadas ; la vida sin amor es un erial desierto ; este afecto purísimo, esta emanacion divina , todo lo fecundiza , lo embellece y llena los sentidos de un goce inefable. Os confieso francamente , yo he nacido para amar, y moriria si no pudiera satisfacer esta ardiente necesidad de mi alma.

— ¿ Luego amáis ? interrogó el pintor con melancólico tono.

— Permitidme callar.

— ¿ No merezco vuestra confianza ?

— Es que para contestar á esa pregunta, necesito saber con qué derecho se me hace.

— Con ninguno ; deseo saber si sois libre, porque os amo, porque mi destino está unido al vuestro y os ofrezco con mi corazon y mi entusiasta amor mi fortuna, mi nombre y mi mano de esposo : ¿ aceptáis ?

— ¡ Cómo no aceptar, si sois vos la persona á quién amo !...

— ¡ Ah ! ¡ Blanca mia ! ¡ cuán feliz me hacéis ! exclamó conmovido el jóven.

Desde aquel instante , una dulce intimidad reinó entre ambas familias , y no se tardó mucho en dar principio á los preparativos de boda.

Emelina y Arturo no pudieron continuar hablando, porque Edelmira fué á sentarse junto á ellos y la conversacion se hizo general.

Á poco se sirvió un espléndido té, dulces y refrescos, que fué amenizado por la música , el canto y algunas improvisaciones poéticas.

Largas horas hubiera durado la fraternal y expansiva reunion, á no haberse cortado bruscamente por un acontecimiento imprevisto.

Serian las once de la noche, cuando se presentó en el salon Ruderico.

— ¿ Qué traes ? le dijo el conde al verle bastante agitado.

— Una noticia funesta.

— Habla.

— ¡ Pereival, ese diablo de hombre, esposo de la mas diabólica aun, Flora del Palancar, acaba de es-

caparse del cuarto donde estaba encerrado !...

— ¡ Ha sido esa tu vigilancia !... le interrumpió el conde con ira y tomando el sombrero por un movimiento involuntario.

— ¡ Escuchad !... atropellando al criado que le llevó la cena, saltó como un loco por encima de su cuerpo, y viendo que no podía salir, porque yo estaba en la puerta del salon inmediato, se arrojó por el balcon al jardin con la ligereza del rayo y sin que pudiéramos impedirlo.

— ¡ Qué atroz desgracia ! ¿ y ha muerto ?

— No, señor ; pero le restan pocos momentos de vida. Se le ha puesto en el lecho, le asisten los facultativos y yo he venido á llamaros , porque todo su afan es que vayáis para haceros revelaciones importantes. Llama á gritos á su hijo, á vos, á doña Leticia, y á unas jóvenes que nombra Rosa y Flor del Espino.

— Vamos á ver á ese infeliz, le tributaremos los últimos consuelos, dijo Leticia.

— Sí, sí ; id todos allá, repuso el conde, yo voy á ver si por dinero ó por favor consigo que vea ántes de morir á su hijo.

— ¿ Su hijo ? preguntó Blanca con asombro.

— ¡ Sí, querida mia ! la contestó el conde ; ¿ ignorabais que Pereival tiene un hijo ?

— Sí, ciertamente ; ¿ y quién es ?

— Un jóven que ha vivido muchos años con una prendera de las Vistillas, llamada Colasa.

— ¡ Cárlos ! exclamó la jóven mas asombrada aun.

— Ese es su nombre ; Cárlos de Pereival. Su madre, la baronesa de ese titulo, le dejó abandonado en Cádiz.

Blanca quedó profundamente pensativa.

Instantes despues, estaba desierto el salon.

CAPÍTULO XXX.

ARREPENTIMIENTO.

El desgraciado Pereival habia sufrido uno de los accesos que solian acometerle, como el que le ocasionó la presencia de Leticia el dia en que, acompañado de Flora, fueron á visitar á la marquesa del Rio. Entónces su misma esposa tuvo buen cuidado de adormecerle mas y mas para que no volviese tan pronto en su acuerdo, y despues estuvo á su lado escuchando su delirio, y evitando que nadie se enterase de su secreto.

La noche á que nos referimos, se hallaba colocado en su cuarto, donde llevaba muchas horas encerrado ; habia sufrido un golpe terrible, y conceptuaba perdida á su esposa, preso á su hijo y descubiertos todos sus secretos, todos los terribles episodios de su vida. Él, que ya desde que su conciencia no estaba

tranquila era cobarde, tembló, y creyéndose deshonrado á los ojos del mundo, y expuesto á perecer en un cadalso, se dispuso á escapar aprovechando la primera ocasion que se le presentase, prefiriendo morir miserable y léjos de su patria, á ser desdeñado por los mismos que en otro tiempo se habian llamado sus amigos.

Empero fué muy torpe para llevar á cabo su pensamiento, y al dejar tendido en tierra al criado, no comprendió que en el salon inmediato hallaria la imponente y severa figura de Ruderico, oponiéndose á su paso.

Entónces empezó á sentir los primeros vahidos de su enfermedad, y fingiéndole mil visiones su acalorada fantasía, exclamó fuera de sí y sin reflexionar lo que iba á hacer :

— ¡ Oh ! ¡ allí están !... ¡ soy perdido !... ¡ solo me espera el cadalso !... mas no ! no !... ántes morir.

En aquel delirante arrebató se arrojó por el balcon.

Cuando los criados entraron en el jardin, creyeron muerto al infeliz, y en realidad solo estaba sin sentido, aunque en un estado lastimero. Colocáronle en el lecho, y al volver en su acuerdo, á nadie reconoció, declarando en su delirio cuantos secretos guardaba su débil imaginacion.

El primer facultativo que acudió, le hizo tomar un medicamento, merced al cual recobró la razon, y al comprender su verdadero estado y la proximidad de su muerte que no quisieron ocultarle, pidió los au-

xilios espirituales y llamó á gritos á las personas de quien deseaba merecer perdon.

Cuando entraron todos los que componian la reunion de Leticia, se detuvieron en el dintel de la puerta que comunicaba con la alcoba donde le pusieron.

— Está confesándose, dijo un criado.

Efectivamente ; ya moribundó, tuvo lugar al arrepentimiento de todos sus crímenes, haciéndole ver la elocuente voz del sacerdote la fealdad de su conducta y conduciendo, con sus piadosas exhortaciones, aquella pobre alma extraviada al tribunal de la penitencia.

El conde volvió triste y pensativo ; le fué imposible conseguir su deseo por lo avanzado de la hora, dándole sin embargo esperanza para el dia siguiente.

Un cuadro desolador ofrecia la alcoba mortuoria tan luego como la abandonó el sacerdote. Á la cabecera de la cama se colocaron doña Aurora y la marquesa del Rio, y el conde acercándose le preguntó :

— ¿ Cómo os sentís ?

— ¡ Ah ! muy mal ; el Señor me llama á su seno, y arrepentido de todos mis crímenes deseo me perdonen las personas á quien he ofendido, para que me perdone Dios.

Mi vida ha sido siempre borrascosa y turbulenta ; desde mi juventud dejéme deslizar por la resbaladiza senda del vicio, y de precipicio en precipicio he llegado á caer en el abismo en que me hallo.

Su respiracion se hizo fatigosa, y tuvo necesidad

de algunos momentos de reposo para continuar hablando ; cuando se repuso exclamó tendiendo en su derredor una triste mirada :

— Señor conde, os ruego por favor obtengáis para mí el perdon de doña Leticia Sánchez : en cambio la diréis que sus hijas estaban en poder de la Corneja en su hostería del Lavapiés, de donde se fugaron no hace mucho tiempo.

— ¡ Eso ya lo sabe !... pasad á otra cosa.

— Gracias á Dios ; lo ignoraba y es un grave peso el que se me quita de encima.

— ¿ Y quién os ha revelado que esas niñas estaban bajo la dependencia de esa horrible vieja ? le preguntó la marquesa.

— Lo sé hace muchos años ; desde que fueron robadas en Paris.

— ¿ Luego tendréis noticias del asesinato de don Enrique Simon ?

— Ese recuerdo es mi pesadilla , murmuró con ronca voz. ¡ Ay ! ¡ todavía siento aquella maldicion que lanzaron sus labios... y el último suspiro de su pecho !...

— ¿ Y el asesino fuisteis vos ? gritó Leticia precipitándose desde el gabinete donde se hallaba hasta el pié del lecho.

— ¡ Perdon !... perdon !... ¡ compadeceos de mí !...

— ¡ Infame, me arrebatasteis un esposo, unas hijas adoradas, y con los queridos pedazos de mi alma, la razon y la felicidad !...

— ¡ Perdon !...

— ¡Nunca!... ¡expiad tan horrible crimen!...

— ¡Oh Dios mio!... ¡Dios mio!... murmuró el moribundo, cayendo desvanecido sobre los almohadones.

— ¡Madre mia! piedad para él, exclamaron á un tiempo las dos hermanas arrodillándose delante de Leticia.

La marquesa del Rio con honda conmocion repuso tambien :

— Contempla, hermana mia, el arrepentimiento de ese hombre, y recuerda que su pobre alma extraviada va á comparecer dentro de breves instantes ante el supremo tribunal de Dios.

— Vuestro esposo desde el cielo os demanda el perdón para su asesino, añadió el conde con voz solemne.

Leticia, sin fuerzas para sostenerse, se dejó caer en una silla vertiendo abundantes lágrimas.

El llanto es un rocío bienhechor que fecundiza y ablanda los corazones mas endurecidos, bien sea por la maldad ó por el dolor.

Cuando Pereival abrió los ojos y los fijó con expresion triste y grave en la desolada viuda, encontró cambiada su fisonomía; ya no brillaba en ella la indignacion y la ira, sino la compasion y la templanza.

— ¡Perdón! volvió á exclamar el moribundo.

— Sí, sí; yo te perdono en el nombre de Dios y de mi esposo... dijo Leticia saliéndose de la alcoba con sus hijas, porque no podia sufrir aquella fúnebre escena.

— ¡ Gracias !... ¡ gracias !... Me ha perdonado y puedo morir tranquilo.

— Ahora os resta implorar la misericordia de Dios, como buen cristiano, repuso el conde.

— Antes voy á cumplir otro deber ; acercaos.

— ¿ Querréis ver á vuestro hijo ?

— Conozco que no podrè recibir ese consuelo, y me resigno , aceptando el sacrificio como una leve expiacion de mis crímenes.

— ¿ Qué tenéis pues que confiarme ?

— ¡ Una revelacion importante !... mandad poner una silla de posta, y corred á salvar á la familia de Pináres, cuya vida está en peligro.

— ¿ Qué riesgo los amenaza ?

— El de morir en la sierra de Altomira , donde serán detenidos por los salteadores que Flora ha pagado con este objeto.

— ¡ Quizá no sea tiempo !... ¡ Ruderico... gritó con frenesí el noble italiano, á escape el coche y los mejores caballos !...

— ¿ Os acompañaremos , padre mio ? interrogó Arturo .

— Sí ; tú, don Constantino, Ruderico y todos los criados bien provistos de armas ; pero pronto.

— Antes de cinco minutos estamos en marcha.

— Avisad inmediatamente á la autoridad para que nos sigan algunas parejas de la guardia civil.

Con este acontecimiento, toda la casa se trastornó, cundiendo la alarma de unos en otros y temiendo todos por la interesante existencia de unas personas

tan queridas y tan dignas del universal aprecio.

La agonía de Pereival fué penosa y prolongada; espirando al amanecer lleno de un sincero y profundo arrepentimiento y despues de haber hecho al juez que intervino en la causa importantisimas declaraciones.

En tanto, una silla de posta y muchos hombres á caballo recorrian con velocidad la carretera de Cuenca, con direccion á la sierra de Altomira, donde tenia lugar otra escena horrible y desastrosa.

CAPITULO XXXI.

LOS BANDIDOS.

Seguidme, amables lectores, á la sierra de Altomira. Vosotros, los que en *La Pastora del Guadiela* hayáis leído la descripcion de los sitios donde la noble marquesa de Pináres pasó sus primeros años en clase de pastora y cuidando en los amenos valles del Guadiela sus cabras y sus cervatillos, los reconoceréis al momento.

Nada ha cambiado allí; los mismos alegres valles,

las agrestes montañas, los risueños paisajes y las montuosas veredas, tristes y solitarias que frecuentan únicamente los habitantes del país.

La carretera de Cuenca queda á un lado, y caminos trasversales y poco conocidos conducen á los pueblecillos de lo interior de la sierra, y al castillo de Pináres.

Á pocas leguas de Vellisca, y en un terreno escarpado y montuoso, vieron los pastores con notable terror algunos hombres sospechosos, mal encarados, de torva faz y hosca mirada.

Una tarde de diciembre, sombría y lluviosa, atravesaron dos carruajes la senda que desde Vellisca conducia á la que en otro tiempo fué cabaña de Isabela y se hallaba resguardada por un enorme peñasco, y al presente la circunda una magnífica casa de campo.

Los pastores reconocieron en la librea de los criados á la servidumbre de la casa de Pináres, y los hombres sospechosos volvieron á sus atalayas sin cuidarse en detenerlos, sin embargo de que en ellos iban los equipajes de la marquesa, del marqués y de su esposa la condesita, con las doncellas destinadas á su servicio.

El que parecia jefe de aquellos hombres murmuró despues de examinar los coches :

— Todavía no vienen los señores ; esa es la servidumbre.

Eran las dos de la tarde.

El viento arreciaba y los nebulosos celajes que

enlutaban el firmamento prometian un terrible aguacero.

Á unos cien pasos del camino, y al pié de una colina, se conservan todavía algunos escombros que en tiempo inmemorial debieron ser las ruinas de un castillo, y en época aun mas antigua serian una hermosa fortaleza, perteneciente á algun señor de horca y cuchillo.

En la actualidad existen únicamente los vestigios, medio ocultos por enormes carrascas y por multitud de chaparros y malezas, entre las que se halla escondida cuidadosamente la entrada de una excavacion subterránea. Debia ser una larga galería que comunicase con el vecino monte, pues á veces desaparecian por ella ciertas sombras, que despues de muchas horas salian por el otro lado.

En la tarde que nos ocupa, y que segun hemos dicho á nuestros lectores era fria y lluviosa, hallábanse á la entrada de la cueva cuatro bandidos de atezado rostro, apoyados en los trabucos y dirigiendo á la gran extension de terreno que desde allí se dominaba investigadoras y sombrías miradas.

En el interior de la cueva, veíanse al principio dos piezas abovedadas; la una servia de cocina, y en el hogar ardian troncos de encina; la otra, mucho mas grande, estaba casi llena de ropas, mantas y objetos pertenecientes á los bandidos.

Seguían despues á derecha é izquierda las galerías, en las cuales y á lo léjos sentíanse los relinchos de varios caballos.

Junto al hogar estaba en pié Ataulfo, acariciando con vanidosa petulancia su rizada y negra barba.

Flora, sentada en una piedra, le contemplaba en silencio. El rostro de esta mujer desde que la vimos en su palacio de Madrid leyendo las fatales notas, habia sufrido una notable alteracion. Sus ojos, en otro tiempo negros y expresivos, hundíanse en las órbitas, despidiendo centelleantes miradas que expresaban el odio y todos los malos instintos de Luzbel.

Sus cabellos no tenian ningun color determinado; eran una mezcla de blancos, negros y rubios; desmesuradamente cortos y en desórden, caían por sus hombros sin que ella en su extrema desesperacion se cuidase de arreglarlos sobre la cabeza, que siempre y á pesar de todo conservaba erguida y altanera.

Su traje por lo original merece describirse: consistia en un riquísimo vestido de raso verde, cuya falda estaba muy arrugada por haber estado recogida dentro de unos grandes bombachos, los cuales se veían extendidos cerca del fuego.

Una graciosa chaquetilla de terciopelo negro, bordada de oro, se ajustaba cuidadosamente al talle, cerrándose en el pecho con unos botones de brillantes, y rodeaba la garganta un cuellecito de encaje.

Encima de todas estas prendas, que demostraban la elegancia de la aventurera dama, tenia puesto un albornoz de grueso y tosco paño y que por deferencia la habia prestado uno de los bandidos, mientras junto á los bombachos se secaba la elegante capa de

pieles con que se hubo abrigado todo el camino hasta llegar á la cueva.

Flora, sintiendo frio sin duda, hizo un movimiento para arrojar dentro del fuego algunos troncos medio consumidos.

— Permitidme, señora, dijo Ataulfo, adivinando su pensamiento, y apresurándose á ejecutarlo.

— Mil gracias, Ataulfo, murmuró con una forzada sonrisa, volviendo á cruzar sobre su pecho las solapas del albornoz.

Empero al hacerlo, ya la mirada de águila del bandido se habia fijado en los gruesos brillantes que en forma de botones abrochaban la chaquetilla de terciopelo, igualmente que en el riquísimo mango de un puñal que la dama llevaba oculto entre los pliegues del vestido.

— ¡Oh! es un tiempo cruel!...

— Pero el mas á propósito para nuestra empresa, contestó Ataulfo.

— Tenéis razon.

Flora bajó la cabeza. Despues de un rato de silencio y dando muestras de la mas viva impaciencia exclamó :

— ¡Cuánto tardan!... ¿si habrán tomado otro camino?

— No puede ser; siempre vienen por este, por ser el mejor y mas cómodo para el carruaje.

— ¿Y decís que á pocos pasos de aquí está la cabaña donde en su juventud vivió la pastora?

— Sí; la conservan en igual estado que cuando la

habitaba ; solamente que á su intermediacion han construido una hermosa casa de campo.

— Mucho me alegraria visitar esa rústica choza que sirvió tantos años de refugio á mi hermano Jorge, dijo Flora para sí, recordando con terror aquella época de su juventud.

El silencio volvió á reinar en la cueva que iba oscureciéndose poco á poco, pues la tarde avanzaba y las nubes comenzaban á verter agua en abundancia.

— ¡ Señor Ataulfo ! gritó uno de los bandidos sin abandonar el sitio en que los hemos visto.

— ¿ Qué hay ? contestó adelantándose el jefe de aquella canalla.

— Tragabálas acaba de llegar.

— Que pase.

Instantes despues se presentó en la cueva un moceton que llevaba partida la mejilla izquierda por una enorme cicatriz. Vestia un andrajoso uniforme de militar, que le hacia asemejarse á un veterano que vuelve estropeado de campaña.

— ¿ Qué noticias tenemos ? le preguntó Ataulfo.

— Magnificas.

— ¿ Los has visto ? interrogó Flora mirándole con ávida curiosidad.

— Si, señora ; y he sentido arrullar á los tortolillos. La paloma viuda me ha dado todo este dinero. Y al decir esto, Tragabálas mostró algunas monedas de plata.

— ¡Bribon! tú siempre sacas buen partido, dijo Ataulfo; ¿y cuándo vienen?

— Aun tardarán mas de dos horas.

— ¿Pero tú te habrás fijado bien en la dama, y no errarás el golpe?

— Ya lo creo, como que la he hablado.

— Dejadle, Ataulfo, que nos cuente los medios de que se ha valido para verlos, repuso Flora.

Tragabálas, sin dejar de dar vueltas á la mugrienta gorra que tenia en la mano, exclamó :

— Como sabéis, yo esperaba en Vellisca la llegada de los marqueses. Serian las once de la mañana, cuando un gentío inmenso se agolpó en las calles del tránsito. ¡Ya vienen! gritaban los chicos. ¡Ya están aquí! dijeron todos á poco. Y efectivamente, el coche atravesó sin detenerse por entre los aldeanos y fué á parar á casa de un rico hacendado que llaman don Garcés. Todo el mundo se dirigió allá y yo detras; pero adelanté mas que ninguno, pues á poco conseguí acercarme á una sala donde los señores estaban descansando. Me fingí cojo, manco, tullido, y no sé cuántas cosas; ello es que les inspiré compasion, y me hicieron várias preguntas, despues de darme la marquesa viuda estas monedas por via de limosna. La condesita tambien se lastimó de mi estado y unió al donativo de su mamá-suegra una monedita de oro.

— Pasa de largo esos detalles, dijo Flora visiblemente disgustada, conociendo que aquellos beneficios harian vacilar el brazo de Tragabálas, que era el

escogido para hundir su puñal en el pecho de Honorata.

— Nada mas tengo que añadir, señora ; procuré informarme de los criados si los marqueses dejarían pronto á Vellisca, y supe tenían dada la señal de partida para las tres de la tarde ; piensan dormir en la quinta de la Isabela que está á pocos pasos de aquí.

— ¿Y qué hora es?

— Van á dar las tres, dijo Ataulfo.

— ¿Cuánto dista Vellisca?

— Unas dos leguas ; de modo que si salen á las tres, los tendremos á tiro de bala á las cuatro y media ó las cinco.

— ¡Dos horas aun! murmuró Flora, dejando la piedra en que se sentaba y poniéndose á dar largos paseos con febril agitacion.

— Yo, si me permitís, voy á ver mi gente.

— Si, Ataulfo, id. Tú, Tragabálas, cuenta con una gran recompensa y retírate á descansar.

— ¡Mil gracias! contestó el bandido desapareciendo.

Flora quedó sola.

— ¡Ay! murmuró con desesperacion ; ¡qué será de mí entre unos hombres feroces y desalmados á quienes he prometido tres millones y no puedo contar ni con un maravedí!

¿Si esa infame Corneja me venderá, y en igual de traerme el dinero se escapa con ello? ¡No me fio de nadie!

¡Ah! ¡mi cabeza abrasa y creo que voy á volverme loca!...

Hubo un momento de silencio ; despues iluminada por una idea volvió á exclamar :

— ¡Me he salvado ! Cuando los tenga en mi poder haré que la marquesa firme una cartita dando órden á su mayordomo de Madrid para que entregue la suma que yo he prometido á esos hombres.

¡ Sí, es lo mejor ! quedan pagados, y yo doblemente vengada.

La dama siguió en sus paseos hasta las cinco, que se oyó el grito de alarma, anunciando la aproximacion de las víctimas.



CAPITULO XXXII

PASTORA, MARQUESA Y MONJA.

Completamente ajenos de la emboscada que la satánica Flora les tenia dispuesta, caminaban con direccion á su quinta la noble marquesa de Pináres con sus hijos Rafael y Honorata.

La lluvia arreciaba por instantes, tornándose cada vez mas denso el plumizo color del firmamento.

— ¡Cuánto mejor hubiera sido pasar la noche en Vellisca! exclamó Rafael.

— Ya lo creo; y no que llegaremos á la quinta muy tarde y con un temporal tan borrascoso, dijo Honorata mirando al camino sobresaltada.

— ¿Qué tienes, hija mia? la preguntó la marquesa.

— No es nada.

— Has palidecido de repente.

— Me pareció ver entre aquellas matas una sombra que se ha deslizado con rapidez hácia la montaña.

— Visiones de tu fantasía, replicó riendo Rafael.

— ¡Ojalá! mas te confieso que no estoy exenta de un temor vago que me asusta á cada momento.

— Será porque has oido decir á Franquelina que son muy sospechosos estos parajes, y mucho mas las inmediaciones de la *Cueva del Zorro*, donde várias veces se han ocultado bandidos.

— Tampoco á mí me gustan estos sitios, añadió la marquesa; recuerdo que en mi juventud nunca me dejó el pobre Jorge acercarme á esa cueva, y mis excursiones eran siempre á la montaña de la Virgen del Valle.

— ¿Y llegaremos pronto á ella? preguntó la condesa cada vez mas asustada.

— Antes de un cuarto de hora; mira las ruinas del castillo en la cúspide de aquel cerro, y se halla situada allí mismo.

— Dejemos esta conversacion, mamá, repuso Rafael, porque Honorata es tan medrosa, que pudiera ponerse mala.

— Bien, hablemos de otra cosa.

— Decidnos, ¿cuánto tiempo vamos á permanecer en este país?

— ¿Y me lo preguntas, hijo mio? ya eres el jefe de la casa, y debes disponer lo mas conveniente; yo por mi parte os acompañaré hasta que Honorata dé á luz el primer fruto de vuestro amor; despues vuelvo á Madrid, donde me llama el cumplimiento de un voto que hice á la Madre del Señor, al pié del lecho mortuorio de mi querido Rogelio.

— ¡Oh! ¿madre mia, insistís en esa determinacion?

— ¿Será posible que nos abandonéis?

— Contadlo por seguro; pero os dejaré felices, tranquilos y libres de las infames asechanzas de esa enemiga implacable.

— ¿Acostumbrada á la brillante posicion de una ilustre dama, vais á confundiros con las humildes hermanas de la Caridad?

— Voy á ser una de ellas, entrando en la sagrada institucion de San Vicente; seré la providencia del pobre, el amparo del desvalido, el bálsamo del enfermo, y la madre del expósito. ¿Qué mision mas noble podria cumplir en la tierra? ¿En qué obras mas dignas pudiera emplear los dias que me restan de vida?...

— En ser el consuelo de vuestros hijos.

— ¿Y dejaré de serlo por eso? En cualquier sitio del globo donde me halle, os consagraré toda la ternura de mi corazon; todo entero será para vosotros, el inmenso caudal de amor que arde en mi alma.

— ¿Veis, mamá? Honorata llora, exclamó Rafael contemplando á su jóven esposa.

— ¿Y á qué ese llanto, hija mia? yo al perder á mi esposo, perdí la felicidad con que el mundo me brindaba, y débo buscar refugio contra las tempestades de la vida.

— ¿Y no le halláis en nuestros brazos?

— La calma que necesita mi espíritu atribulado, solo se encuentra en el seno de la religion; y el lenitivo á mis graves dolores, quiero buscarle practicando la santa caridad y derramando entre los des-

validos la paz y la ventura, que nunca podrá disfrutar mi alma.

— ¿Con que estáis decidida?

— Es una resolucion invariable; es mas bien un voto sagrado.

— ¡Oh, qué se dirá! ¡La noble marquesa de Pináres convertida en enfermera de un hospital!... murmuró Rafael.

— Ese rasgo de orgullo me desagrada en ti, Rafael; y te advierto que desde hoy no mires en mí á la marquesa de Pináres, sino á sor Maria de la Merced, humildísima hija de San Vicente de Paul. Miéntas mi salud sea fuerte y robusta ejerceré este sagrado ministerio; despues entraré en un convento á terminar mis dias entre las siervas del Señor, disfrutando su envidiable paz.

— ¿Segun eso, ni aun los dias de vuestra ancianidad pensáis dedicarnos?

— Mi destino debe cumplirse.

— ¿Y cuál es?

— ¡Escuchad!... Una noche hallándome dormida en apacible calma, se me representó una hermosa vision de blancas alas, y me dijo en un tono de voz gratisimo y melodioso:

— « Tú has venido á este mundo para ser un ángel de amor y de consuelo; pero tu destino es amargo, la felicidad que disfrutes será breve; en cambio ceñirás en el cielo la inmarcesible palma de los mártires y de los santos. »

— ¿Y qué debo hacer para merecerla? exclamé en un frenético arranque.

La vision me contestó :

— Seguir resignada el rumbo que te marque tu destino.

— ¿Y cuál es? volví á preguntar.

— Tú en este mundo serás *pastora, marquesa y monja*, me dijo, remontándose á los aires.

La noble y angelical viuda calló; sus ojos y sus manos entrelazadas se elevaron al cielo con mística expresion, y su hermoso y purísimo rostro apareció iluminado por una celeste auréola.

— ¡Nuestra madre es una santa!... murmuraron los dos jóvenes contemplándola con admiracion.

El éxtasis religioso de la marquesa se prolongó algunos instantes.

Una fuerte ráfaga de viento agitó los rizos de su blonda cabellera, y á su contacto volvió á la tierra su elevado espíritu.

— ¡El viento arrecia! murmuró.

— Sí, madre mia, y las sombras de la noche nos sorprenden ántes de llegar á nuestra quinta.

— Continúad orando, querida mamá, dijo Honorata; vos que sois una santa, rogad á Dios que aleje de nosotros el peligro.

— ¿Tienes miedo?

— Mucho; ya no son sombras lo que veo entre las matas.

— ¿Pues qué ves?

— Mira, Rafael, dijo la joven señalando á una emi-

nencia ; junto aquel árbol hay varios hombres apoyados en trabucos, y por detras de nuestro coche se han corrido dos ó tres.

— Tienes razon, exclamó alarmado el marqués, y apresuradamente sacó unas pistolas que llevaba ocultas entre los almohadones del carruaje.

— ¡Alto ! gritó con fuerte acento una voz ronca. El coche se detuvo.

Rafael amartilló una pistola.

— ¿Quién se atreve á detener nuestra marcha ? gritó con impetuosidad, sacando la cabeza por la ventanilla.

Varios hombres se le pusieron delante con los trabucos á la cara ; iba á descargar un tiro sobre el mas cercano, cuando detuvo su brazo un doble grito de su esposa y de su madre. Se volvió precipitadamente y halló amenazado el pecho de las infelices por el puñal de dos bandidos que habian saltado dentro del coche. Se lanzó sobre ellos, pero fué desarmado por otros que acudieron en auxilio de aquellos.

— ¡No hay que tocarlos ! ¡ arriba con todos ! gritó una voz desde la montaña.

Poco despues, desmayadas las damas y atado el marqués, fueron conducidos á la Cueva del Zorro.

CAPÍTULO XXXIII

EL PUÑAL DE TRAGABÁLAS.

—

Triste y desolador era el aspecto que ofrecia la Cueva del Zorro, en el momento de penetrar en ella los bandidos conduciendo á las nobles damas y al adolescente marqués.

Flora, temblando de emocion y de regocijo porque veía su venganza segura, se retiró al fondo de una galería, y entregando un papel á Ataulfo, le dijo :

— Haced que la marquesa firme ese papel.

— ¿Y si para ello tenemos que violentarla?

— ¿Y qué importa? que firme sea como quiera.

— Pero esta circunstancia no está convenida en nuestro trato ; me habéis exigido únicamente la cabeza de la condesita y ya la tenemos á tiro ; ahora, pues, entregadme la suma estipulada para repartir entre los muchachos que ya comienzan á murmurar, y seréis servida.

Flora conoció que no podria sacar partido de Ataulfo, y ántes de dejarle entrever su angustiada situacion, se propuso ensayar otros medios.

— ¿Conque no aceptáis? le dijo.

— Sí, señora, venga el papel; pero esto será cuenta aparte y despachado el otro negocio.

— Corriente. Aguardadme fuera de la cueva, que no tardaré en satisfacer mi deuda.

Apénas Ataulfo desapareció por el boqueron que servia de entrada á la caverna, cuando Flora se dirigió al fondo de una galería donde sobre unas pieles dormia á pierna suelta Tragabálas.

Sacudiéndole fuertemente con el pié, lo hizo levantar.

— ¿Quién llama? murmuró el bandido, frotándose los ojos.

— Levántate.

— ¿Sois vos, señora? estoy á vuestras órdenes.

— Llegó el momento de probar la fortaleza de tu brazo y la lealtad con que me sirves.

— ¿Están ya encerrados los tortolillos?

— Y la paloma viuda tambien.

— Entónces aquí está mi puñal.

— Y aquí tu recompensa extraordinaria, sin perjuicio de la parte que te corresponda en el botin.

Flora habia ido arrancando uno por uno los botones de brillantes que abrochaban su chaquetilla de terciopelo, y los entregó al asesino.

— ¿Serán brillantes, hé? cómo relucen.

— Y magníficos; ¡valen una suma enorme, que será para ti solo! pero á condicion de que en este mismo momento claves tu puñal en el pecho de la condesita.

— Si no es mas que eso, allá voy; ¿dónde está?

— Aquí está en esa pieza ; yo guardaré la entrada de la cueva para que nadie penetre á interrumpirte ; cuando salgas, me has de entregar el puñal teñido en su sangre.

— Os lo prometo.

— Id, pues, y que no vacile vuestro pulso.

— Tengo firmeza bastante para ejecutar estas empresas, á las que estoy bien acostumbrado.

Tragabálas encendió una tea en los tizones que ardian en el hogar, y dejando á oscuras la primera pieza se dirigió á la segunda con el puñal en la mano.

Detúvose un momento en el dintel de la puerta ; luego volviendo la cabeza para asegurarse de que Flora no le veía, entró y cerró por dentro.

Las infelices víctimas no tenían luz, y hallábanse los tres recostados en unas pieles sin poderse abrazar, porque tenían las manos atadas á la espalda ; pero vertiendo llanto y lamentándose de su triste suerte.

La marquesa no lloraba ; su hermoso rostro, dulce y sereno como siempre, expresaba la calma de los ángeles.

En el momento de entrar el bandido y viendo brillar la hoja de su puñal, exclamó :

— ¡ Infeliz ! ¿ vienes á consumir tu crimen ?

Luego reconociéndole, añadió con asombro.

— ¡ Pero calla ! ¿ no es este el viejo soldado á quien hemos socorrido en Vellisca esta misma tarde ?

— Sí, señora, yo soy y vengo á pagaros vuestro beneficio.

— ¿De qué modo? ¿piensas salvarnos?

— Á vos y á vuestro hijo, sí; á la señora condesa no puedo, porque tengo orden de clavar ahora mismo este puñal en sus entrañas.

Diciendo esto la cogió por un brazo, y sin que la pobre niña tuviera fuerzas para oponerse, la separó del grupo que formaban los tres.

— ¡Detente, bárbaro! gritó Rafael.

— ¡Detenerme! ni un instante; esta cabeza vale mucho dinero.

— ¿Luego eres un asesino pagado? interrumpió la marquesa, levantándose, aunque con trabajo, con ánimo de interponerse entre Honorata y el asesino.

— ¡Justo! de otro modo, ¿yo qué interes tendría en cometer un asesinato?

— Pues bien, yo triplico la cantidad que hayas recibido; y si nos salvas, te haré inmensamente rico; ¿aceptas?

— Sí, señora; el puñal de Tragabálas se vende al que mas da; ¿pero quién me responde del cumplimiento de esa promesa?

— ¿No te bastan mi palabra ni la de mi hijo?

— ¡Sin otra seguridad!... murmuró indeciso el bandido.

— Toma este anillo; con él te presentas á mi mayordomo y te entregará la suma que le pidas.

— ¿Y no me aprisionarán?

— La marquesa de Pináres no acostumbra pagar los beneficios con ingratitudes, exclamó la noble viuda.

— Y ademas, añadió el marqués, te daremos ahora mismo cuanto dinero y alhajas llevamos.

— ¡Corriente! por la primera vez de mi vida me fio de una mujer, y voy á salvaros.

— Nada temas, que las buenas acciones hallan su recompensa en este mundo, dijo la marquesa.

— Sin saber por qué, me inspiráis tanto respeto, como antipatía la mujer que me ha dado la orden de asesinar á esta señora.

— ¡Oh, Flora! ¡infame! exclamaron casi á un tiempo los tres.

— Mandadme, señora, y os obedeceré aunque sea sin pagarme.

— ¡Eso nunca! Toma cuanto dinero llevamos; véte á nuestra quinta de la Isabela, que se halla á poca distancia de aquí; di que vengan á socorrernos, y luego con ese anillo puedes ir á Madrid ó á mi castillo de Pináres y pide cuanto dinero te plazca. Si cuando estemos en nuestra casa quieres presentarte á nosotros, la recompensa unida á nuestra gratitud será doble.

— Veremos; por de pronto necesito que la señora condesa se finja muerta, para dar tiempo á que vengan en vuestro socorro, pues si otro bandido entra y la ve, fracasa nuestro plan; y ademas tengo que entregar este puñal ensangrentado como prueba de su muerte.

— Eso es mas difícil de ejecutar.

— No lo creáis; para ello me servirá perfectamente el cuerpo de este falderillo. Al decir esto, Tragabá-

las hundió dos veces el puñal en el indefenso galguito inglés que Rafael llevaba casi siempre y que los habia seguido á la cueva.

El animal exhaló un gemido y espiró salvando con la suya la vida de su jóven ama.

— ¡Pobre Alí! murmuraron los dos esposos.

El bandido salió, dejando el aposento á oscuras, y á los nobles marqueses entregados á una consoladora esperanza.

— ¿Está ya? le preguntó Flora, que aun permanecia en la puerta de la cueva mirando al campo con suma inquietud.

— Este puñal teñido en sangre os lo dirá, dijo Tragabálas mostrándolo á la claridad de la luz que llevaba en la mano.

— ¡Oh! ¡dadme! ¡dadme!...

Flora lo cogió con una satánica expresion de viva alegría, y echó á correr en seguimiento de dos personas que habia visto poco ántes ocultarse entre unos matorrales.

El bandido, arrojando la tea, se lanzó á escape por una estrecha vereda que debia conducirle á la quinta de la Isabela.

La lluvia habia cesado; pero era completamente de noche, y la oscuridad, cada vez mas densa, impidió á los salteadores ver un coche que se detuvo á cien pasos de la colina, y un destacamento de la guardia civil, que precedido de cuatro caballeros, subieron con sigilo á la cueva, diseminándose algunos guardias por la senda del monte.

CAPITULO XXXIV.

CASTIGO.

—

Las dos figuras que despertaron vivamente las sospechas de Flora, fueron Ataulfo y la Corneja que acababan de llegar en aquel momento. Al reconocer á su vieja cómplice, la suspicaz y maligna dama tuvo un instante de alegría.

— ¡Ya está aquí el dinero! murmuró.

Empezó su asombro, y su indignacion subió de punto al ver que la Corneja preguntó por Ataulfo, y que sin acordarse de ella para nada, se internaron los dos en lo mas espeso del monte, hablando con mucho sigilo.

Recibió con alegría la noticia de la muerte de la condesa y el ensangrentado puñal que la entregó Tragabálas, y se lanzó como un rayo en seguimiento de aquellos juzgándolos mal, segun sus propios instintos.

— ¡Oh! ¡esa infame vieja me vende!... y Ataulfo tambien para repartirse entre los dos el dinero que hayan recogido de mis joyas y mis palacios, y escapan después, dejando á los bandidos sin pagar para que ceben en mí su furibundo coraje.

Embebida en estas ideas, siguió hasta unos matorrales. Sintiendo el murmullo de dos personas que hablaban en voz baja, se detuvo.

Reconoció el gangoso y nasal acento de la Corneja, y solo pudo entender estas palabras :

— Ella ha traído un cofrecito con brillantes que valen un tesoro ; hagámosla que le suelte si quiere ser condesa.

— Ya lo soy sin necesidad de saciar tu sórdida avaricia, exclamó Flora, presentándose á ellos.

— ¡ Hola ! ¿ cómo se entiende ? ¿ pues y Honorata ?

— Acaba de morir : este puñal teñido en su sangre lo atestigua.

— Dádmelo.

El bandido se apoderó del puñal.

— ¿ Y quién ha dado la órden de su muerte ? preguntó.

— Yo misma.

— ¿ Y el asesino quién fué ?

— Tragabálas.

— ¿ Le habréis recompensado espléndidamente ?

— Todos mis brillantes han pasado á su poder.

— ¿ Y á nosotros con qué nos pagaréis ?

— Con el dinero que habrá traído la Corneja.

— ¿ Y contáis solamente con eso ?

— En este momento sí ; cuando posea la herencia de mis antepasados será otra cosa.

— ¿ Y cuándo pensáis conseguir ese sueño de ambicion que abrigasteis toda vuestra vida ? la preguntó Ataulfo con mucha calma, y acariciando con imperturbable sereno e fria el mango de su puñal.

— En seguida que me presente en Madrid y se divulgue la muerte de la condesa ; soy su parienta mas cercana, y por consecuencia su única y universal heredera.

— ¿ Pero no recordáis que tambien habéis poseido sin derecho alguno el principado de Florini, y que el legítimo heredero piensa castigar vuestra osadía y los muchos crímenes que habéis cometido ?

— Tengo medios para comprar su silencio.

— ¿ Á ver si pensáis de igual modo cuando leáis esta carta ? la dijo la Corneja presentándosela.

— La oscuridad no me permite hacerlo.

— Yo encenderé luz, repuso Ataulfo buscando en sus bolsillos un cabo de esperma y encendiéndole.

Flóra, extrañando la forzada calma con que el bandido la hablaba y su irónica sonrisa, fijó en él la vista y palideció al contemplar la expresion satánica de su fisonomía.

Conforme fué leyendo la carta del conde y la de Carlos, que nuestros lectores han visto en el capítulo XXVII, un temblor convulsivo agitó sus miembros, y mucho mas cuando la Corneja le dijo con voz seca y gutural :

— Y por apéndice á esas noticias, debo manifestaros, ilustre señora, que vuestros bienes, palacios y alhajas están embargados y vos perseguida por la justicia y acusada de toda clase de crímenes ; así pues presentaos en Madrid á recoger la herencia de vuestros padres y hallaréis el cadalso que tenéis bien merecido.

— ¡Vieja infame! ¡mejor le mereces tú!... gritó con una voz enronquecida por el coraje.

— Y bien, magnánima princesa, repuso Ataulfo con burla, dignaos pagar á vuestros servidores; ya sabéis la causa de que la Corneja no haya traído para nosotros ni un solo céntimo.

— No puedo, los únicos brillantes que tenia los he dado á Tragabálas.

— ¿Y pensáis que vale decir no puedo? ¿Así se conduce á veinte hombres hasta cometer un crimen, teniéndolos diez dias entre selvas y matorrales exponiendo su libertad y su vida para no remunerar debidamente tales sacrificios?...

— ¡Yo los recompensaré!... balbuceó medio ahogada por el miedo y la ira.

— Con la ingratitud y los insultos, ¿no es verdad?

— Como ha hecho ahora mismo conmigo llamándome vieja infame, añadió la Corneja.

— Justamente.

— ¿Y qué queréis de mí? ¡por hoy nada puedo, mañana quizá!...

— Mañana iréis al cadalso, es el único camino que se os presenta abierto, y nos delataréis á todos por haber sido vuestros cómplices; pero para que este caso no llegue, vais á morir á mis manos.

La actitud y el resuelto tono del bandido, amedrentaron de tal modo á Flora, que sin ser dueña de contenerse quiso hechar á correr.

El fuerte brazo de Ataulfo la detuvo.

La Corneja, cortándola tambien el paso, exclamó con ironía :

— ¿Dónde va la gran señora? ¿dónde la falsa princesa? ¿la mujer de un asesino, de un ladrón?... ¿dónde queréis ir, magnánima baronesa, si desde hoy vuestros lujosos trenes, vuestra magnífica carroza os aguarda en lo alto de la horca?

Ataulfo reía á carcajadas.

Todo el orgullo de la despótica, de la ambiciosa Flora, se sublevó en un momento. La indignacion y la rabia, al oír tales insultos, la ahogaron de tal modo, que olvidando su crítica situacion se dejó llevar de un impulso impremeditado y se arrojó sobre la Corneja.

El bandido la cortó la accion deteniéndola por un brazo, y al propio tiempo la hundió tres veces en el pecho un agudo puñal.

La dama cayó exhalando un grito.

En aquel momento sintióse á lo léjos un silbido penetrante; tal vez era un señal de alarma, pues Ataulfo y la Corneja abandonaron á Flora dirigiéndose con precipitacion hácia la Cueva del Zorro.

— Esa señal es de Tragabálas, dijo Ataulfo; y debemos estar en peligro cuando nos avisa.

Efectivamente, era de él; al irse hácia la quinta de la Isabela á demandar socorro en nombre de la marquesa, no quiso hacer traicion á sus compañeros, y dió el aviso de alarma para que se salvaran; al obrar así, ignoraba que ya el conde, con una partida de valientes guardias civiles, tenia rodeada la cueva y cogidos en la red á todos los bandidos, sin que hubiera podido escapar ni uno solo.

Faltaba únicamente el jefe, cuando se presentó seguido de la Corneja.

— ¡ Ya está aquí ! gritaron varios.

— ¡ Sois nuestro prisionero ! ¡ entregaos !... dijeron apoderándose de él, á pesar de sus esfuerzos, cuatro guardias.

— ¡ Nunca ! gritó Ataulfo luchando con ellos, y pretendiendo defenderse con el puñal con que acababa de herir á Flora y que aun ensangrentado conservaba en la mano.

Empero sus gigantescas fuerzas doblegáronse ante las duplicadas del gran número de sus perseguidores, y no tuvo mas remedio que entregarse, desahogando su rabia en denuestos é imprecaciones contra la infame Flora á quien acusaba de su perdicion y de la de sus compañeros.

La Corneja siguió la misma suerte que ellos ; fué presa tambien sin que la sirvieran sus lamentos ni el deseo de sincerarse, queriendo probar que habia ido al monte con objeto de salvar á los señores.

Quizá la marquesa hubiérase compadeciò de sus lágrimas y sus lamentos ; mas no la oyeron ni presenciaron la prision de Ataulfo.

El primer cuidado del conde al encontrarlos en aquella infecta cueva ; fué trasladar á Honorata y á la marquesa á uno de los carruajes ; Rafael, don Constantino y Arturo quedaron acompañándolas en tanto que el generoso italiano, seguido de su fiel Ruderico, terminaba su obra no dejando en libertad ni á uno solo de los bandidos.

La noche continuaba oscura y lluviosa, alumbrando aquel cuadro de desolacion el cárdeno resplandor de algunas teas que tenian encendidas aunque medio ocultas y en escaso número, porque la oscuridad habíales sido hasta entónces muy conveniente.

Rafael que con sus amigos estaban el pié del caruaje que ocupaban las damas, vieron hácia el camino de la quinta un resplandor rojizo sintiendo el ruido de muchos hombres á caballo que llegaban á escape.

— ¡Ya tenemos aquí á todos los criados de la quinta que acuden á nuestro socorro ! dijo Rafael.

— Luego Tragabálas ha cumplido su palabra, añadió la marquesa.

— Ciertamente señora, dijo el mismo Tragabálas que se habia adelantado y escuchó las últimas palabras.

— Eres todo un hombre, repuso Rafael.

— Nuestra recompensa será cumplida, añadió Honorata.

— ¡Y nuestra gratitud eterna! exclamó la marquesa.

— ¡Adios, nobles señores!... mil gracias por todo.

— ¿Te marchas?

— Veo que la guardia civil os defiende, y me largo por no caer en sus garras.

— Nada temas ; quédate y síguenos á la quinta, en ninguna parte estarás mas seguro.

En aquel momento descendió de lo alto de la montaña toda la comitiva.

— ¡Aquí hay otro bandido ! dijo un guardia civil

reparando en el trabuco y en la mala facha de Tragabálas.

Iban á apoderarse de él, cuando la marquesa extendiendo el brazo exclamó con tono solemne :

— Ese hombre está bajo mi proteccion.

— Sí, sí, dejadle ; es un criado nuestro, añadió Rafael empujándole para que se confundiese con los criados y no lo delatasen los otros bandidos.

Média hora despues todo habia desaparecido.

Eran las doce de la noche y solo se oían en la sierra los agoreros chillidos de las aves nocturnas, y de vez en cuando un quejido lastimero que salia de entre unos matorrales en lo alto de la montaña.

Era Flora que comenzaba á expiar sus crímenes.



EPÍLOGO

I

DOBLE ENLACE.

Cinco ó seis meses habrían trascurrido desde la fatal escena de la sierra de Altomira, cuando una hermosa y perfumada noche del mes de mayo se celebraba una espléndida fiesta en el palacio de Florini.

Desde que entró á poseerle su legítimo dueño todo había cambiado en aquella magnífica morada, centro ántes de la maldad y la intriga. En el decorado, las pinturas, los muebles, hasta en el orden de los aposentos hubo notable variacion.

Ya no habitaba Edelmira el modesto saloncito contiguo al jardin, sino la parte principal del edificio cuyos balcones caían á la calle de Alcalá.

El conde ocupó el salon y los gabinetes que habitaba Flora, y Arturo, los que sirvieron á Pereival.

El piso bajo habíase destinado para la familia de don Constantino, que segun la expresa voluntad del

conde y los ruegos de Arturo convino en no separarse de su jóven y querido discípulo.

Como todo cuanto Flora poseía lo adquirió con las rentas del principado, recayó naturalmente en el legítimo heredero, por lo cual tambien el palacio de Pereival era suyo, habiéndole decorado con régia magnificencia, y con el objeto de vivir en él tan luego como se verificase su enlace.

Ya saben mis lectores que en la noche á que nos referimos, se celebraba una fiesta, ó mas bien una elegante recepcion, á la cual acudió todo lo mas selecto de la escogida sociedad madrileña.

Verificábanse los desposorios de las dos encantadoras hijas de Leticia, que se unian por fin á sus jóvenes amantes.

Blanca, daba su mano á don Constantino López, y Emelina, la poética Flor del Espino, tubo la buena suerte de enlazarse con Arturo el jóven príncipe de Florini.

Para solemnizar dignamente tan fausto acontecimiento, y deseando que brillase por todos conceptos el talento de Emelina, improvisaron un lindo teatro, donde se representaba el drama que la jóven mandó á uno de los teatros de la corte, durante la corta temporada que habitaron en la buhardillita de la calle de Hortaleza.

La empresa, viendo que no le autorizaba un nombre conocido, ni aun se ocuparon de mirarle hasta que Arturo le recogió con objeto de que se ejecutase en su palacio la noche á que nos referimos.

Lo propio sucedió con infinitas poesías que mandó á periódicos, y que sin embargo de ser muy bellas fueron desdeñadas, publicándose únicamente con extraordinario elogio cuando se supo eran debidas á la pluma de la linda prometida del príncipe de Florini.

En los espaciosos salones del palacio, profusamente iluminados, se agrupaba una multitud inmensa, y por doquiera resonaban los bravos, las palmadas y las mas entusiastas felicitaciones dirigidas á la modesta poetisa.

Lucian las dos hermanas riquísimos trajes de moaré blanco y encajes, distinguiéndose únicamente en los adornos, pues el de Emelina era de gruesos brillantes, y mucho mas sencillo y de ménos valor el de su hermana, como distinto era el rango que iban á ocupar en la sociedad.

Leticia manifestaba su alegría en la cariñosa expresion de su rostro y en la dulce mirada que no podia apartar de sus queridas hijas, á las que contemplaba felices y satisfechas despues de tantos años de privaciones y amarguras.

La marquesa del Rio, doña Aurora y el conde de Cinkar formaban un grupo cerca de un balcon ; desde allí veían circular á los jóvenes esposos, y celebraban su dicha con la espontánea y sincera ternura de sus corazones.

— ¡ Cuán dichoso es mi Constantino ! exclamó doña Aurora.

— Nada mas natural, respondió la anciana mar-

quesa; acaba de unirse á su linda prima, á la que adora con delirio, y para él no hay otra felicidad mayor.

— ¡ Oh! sí; bien puede decir que desde el primer dia que la vió la ama, y ha deseado con ansia vencer todos los obstáculos que se oponian á su enlace.

— ¿ Y qué decís de mi Arturo? añadió el conde.

— Tambien merece la dicha que disfruta; porque su amor por Emelina es mas antiguo que el de Constantino por Blanca, dijo doña Aurora.

— Tenia rubor al confesarme ese afecto purísimo, creyendo que mi orgullo llegaria al punto de oponerme á un matrimonio que colma la ventura de ambos; no es extraño, apénas me conocia y he tenido que adivinar su oculto dolor para aplicar prontamente el remedio.

— Su pasion debia ser inmensa, repuso doña Aurora; muchas veces le he sorprendido en su solitario estudio, con lágrimas en los ojos, y besando enajenado el retrato de ella.

— ¡ Ay! ¡ ojalá que el mal de Edelmira tuviera igual remedio!..... exclamó el italiano suspirando.

— Desgraciadamente ha fijado su amor en un hombre indigno de ella, que nunca podrá ser su esposo, dijo la del Rio.

— ¡ Si no fuera hijo de tal madre!

— Y que segun hemos visto hasta hoy posee las mismas inclinaciones y la propia malignidad de corazón.

— Unido á los mas depravados y bajos instintos.

— ¿Y continúa en la cárcel?

— Hoy ha salido por fin, respondió el conde; bastante trabajo nos ha costado convencerle y sobre todo hacer que devuelva su dinero á la Colasa.

— ¿Pero lo ha entregado por fin?

— Nos dió parte de ello; he completado la suma de mi bolsillo, con lo cual he podido conseguir que la prendera le perdone.

— Segun me dijo Arturo, pensáis mandarle á Ultramar.

— Sí, va formando parte del ejército que marcha de guarnicion á aquellas islas.

— Y se ha prestado gustoso á la partida.

— ¡No tiene otro remedio, en España verá siempre marcada su frente con el baldon suyo y el de su madre, ó mejor dicho de sus padres! En América será conocido por otro nombre, y si varía de inclinaciones conseguirá hacerse un buen lugar en su regimiento.

¡Dios lo quiera! es muy jóven y quizá se enmiende.

— ¿De Flora nada se sabe?

— Segun declaracion de uno de los bandidos la asesinaron en la sierra de Altomira; pero no se ha encontrado su cadáver, y sí solo un gran charco de sangre en el sitio de la catástrofe.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando se acercó Edelmira.

— ¿Cómo te sientes, hija mia? la preguntó el conde.

— Bastante bien.

— Ciertamente, tus mejillas están muy animadas, ¿has bailado?

— Sí, y mucho, aquí tienes una señal, todo el vestido me han roto y voy á ponerme otro.

— Vuelve pronto, porque continuará el baile.

— Por ahora no; van á dar principio al tercer acto del drama y por esa razon se suspende; entre tanto cambiaré de traje; discúlpame si me buscan.

— ¿Has mandado avisar á tu doncella? si no, yo te acompañaré.

— Mírala en aquella puerta esperándome, no hay necesidad de que te molestes; adios, papá; hasta luego, señoras.

Edelmira se despidió con un gracioso saludo y fué á reunirse con Lisa.

La traviesa doncella averiguó inmediatamente la suerte de su querida señorita, y se presentó á ella, siendo recibida con mucho gusto.

Tambien doña Crispina fué á implorar la compasion de Edelmira, que rogó á su padre la admitiese de ama de llaves, cargo que empezó á desempeñar con placer, en compañía de doña Tecla.

Cuando la ocurrencia de la quinta del Jarama, Flora sin consideracion á los servicios que habian prestado en la casa, la solterona y Lisa, y sin acordarse de pagarlas su salarios, las despidió, y hubiéranlo pasado muy mal las infelices sin la generosidad de la angelical Edelmira, que olvidó todos sus resentimientos pasados, para dar lugar á la indulgencia y á la compasion.

Tambien el jardinero y Dorotea obtuvieron su proteccion, mejorando mucho en consideraciones y en el salario que les fué aumentado.

Á semejanza de su padre, tendió una mano protectora á cuantos la habian servido.

El conde hizo á Ruderico mayordomo mayor, y á su padre Zacarías Mariani, administrador de los estados de Italia.

Tampoco se olvidó del vigilante nocturno, Perico Barrigon, al que se veía luciendo su abultado abdomen y envuelto en su rica librea. Habíanle concedido el destino de portero mayor.

Al atravesar Edelmira y Lisa uno de los aposentos, vieron á las dos amas de llaves, elegantemente vestidas y sobrecargadas de lazos y adornos.

Se levantaron inmediatamente con ánimo de ponerse á las órdenes de su jóven ama ; esta con un signo las mandó permanecer quietas y continuó su camino.

— ¡Es un ángel nuestra querida señorita! dijo doña Tecla.

— ¡Ciertamente! añadió la solterona; ¡cuánto siento no haberla conocido ántes! pero mi arrepentimiento conseguirá su perdon.

II

DESPEDIDA.

Cuando las dos jóvenes entraron en el saloncito que precedia al gabinete de Edelmira, exclamó esta dejándose caer con desaliento en una butaca :

— ¿Pero es cierto lo que me has dicho, Lisa ?
¿Tiene Cárlos el atrevimiento de insistir en esa quimera ?

— Aquí tenéis el billetito que acaba de entregarme Dorotea.

— Dáme, dáme. No quisiera pensar en ese hombre que tan indignamente me ha engañado y sin embargo, aun á mi pesar, siento un resto de compasion por él.

Con mano trémula y alterado rostro, abrió el billete y leyó lo siguiente .

« Edelmira : mañana al amanecer salgo para mi destino en Ultramar ; nuestra separacion es eterna y deseo darte el último adios.

» Te espero en el jardin, y si no me concedes esta

gracia, en igual de partir, mañana encontrarán mi cadáver al pié de tus ventanas.

» CÁRLOS. »

— ¡ Oh ! ¡ y es muy capaz de cumplir su amenaza ! exclamó Edelmira levantándose. Hagamos el último sacrificio y que vaya en paz.

— ¿ Os decidís á verle, señorita ? preguntó Lisa.

— Sí ; acompáñame, y no te separes de mí.

Edelmira entró en su gabinete y despues de tomar un objeto bajó al jardin.

Estaba magníficamente iluminado con multitud de caprichosas luces, colocadas en los árboles y otros variados y bellos adornos. Empero hallábase desierto por estar los convidados entretenidos con la representacion del tercer acto del bellissimo drama de Eme-lina.

Esta casualidad favoreció á Cárlos, que desde el anochecer aguardaba escondido detras de la casita del jardinero y en sitio á propósito por su oscuridad para no ser descubierto.

Cuando llegó Edelmira, le encontró apoyado en el tronco de un árbol.

Su palidez era extremada, parecia un cadáver.

En el tiempo que permaneció en la cárcel, habia sufrido su hermosa y arrogante figura una trasformacion completa ; mas no su corazón ni sus instintos, que conservaban su perversa malignidad.

La luz de la luna daba de lleno en su rostro.

Sombrío y caviloso, no advirtió la presencia de

Edelmira hasta que esta, contemplándole admirada, exclamó :

— Cárlos, ¡qué cambiado estás !...

— Edelmira, ¿eres tú ?

Apoderándose de una de sus manos, se arrojó á sus plantas con fingida emocion.

La triste niña, retirándola suavemente, se sentó en un banco y le señaló un sitio á su lado.

— ¡Ah ! no ; quiero y debo permanecer de rodillas hasta merecer tu perdon.

— Mi perdon y el completo olvido de lo pasado, lo tienes hace mucho tiempo.

— ¡Pero he perdido tu amor !...

— Seré una hermana para ti.

— ¿Y crees que basta un cariño fraternal para calmar el fuego en que me abraso, para adormecer la inmensa pasion que me enajena, conduciéndome al sepulcro paso á paso ?...

— No es mi amor lo que ha obrado en ti esa transformacion, son tus extravíos y culpas.

— ¿Tambien me acusas ?

Edelmira calló.

— Mi última esperanza la cifraba en ti, prosiguió Cárlos ; en la indulgente bondad de tu corazon y en el mutuo amor que nos profesamos.

— Eso ya es una quimera, y debes olvidarlo, porque donde comienza el oprobio, acaba el amor, y no es digno de recibir ni una mirada de ternura, quien así se conduce.

— ¡Tambien insultos! murmuró Cárlos con ira, sin poderse contener.

— Creí que el borron que has hechado sobre tu frente, habria apagado tu orgullo, lo siento, porque así, ni aun á mi compasion tienes derecho.

— ¡Tu compasion! no la quiero.

— ¿Pues qué deseas de mí?

— El cumplimiento de una promesa sagrada que nos hicimos mutuamente al pié de altar.

— Es verdad, pero obré engañada; sin embargo te devuelvo tu palabra y el anillo que cambiamos en prenda de alianza; aquí le tienes.

— ¿Pretendes, ingrata, que yo te devuelva el tuyo? no lo conseguirás. Estás unida á mí por un juramento y no puedes ser de otro hombre...

— Ni lo deseo. Consérvale si así te place, y conserva tambien el tuyo. Por mi parte eres libre, quizá en América seas feliz con otra mujer.

— ¡Falsa!... perjura... ¿conque nada puedo esperar de ti?... ¿no serás mi esposa?

— ¡Ah! ¡nunca!... ¡nunca!... recuerda que eres hijo de Flora del Palancar, y este solo obstáculo es suficiente para separarte de mí.

— ¡Todo por ella! ¡todo!... ¡madre infernal!...

El sombrío acento de Cárlos al decir esto enronqueció sobremanera. En sus ojos brilló una chispa de odio.

Edelmira tuvo miedo y se levantó.

En aquel momento se halló rodeada del jardinero, de Lisa y de Dorotea, que temiendo en el desesperado

jóven algun mal pensamiento, no se habia apartado de su querida señorita.

Cárlos los miró con asombro. Luego dijo :

— ¡ Adios, Edelmira !... conservo tu anillo, y parto á lejanas tierras, donde espero conquistarme un nombre honroso para volver á ofrecerle á tus piés.

— Si un dia vuelves á España, no me busques aquí. Miéntas mi padre viva, permaneceré á su lado en nuestros estados de Italia; cuando nuera, me retiraré al convento de Florencia, donde mi desgraciada madre se educó.

— ¿ Es tu última resolucion? ¿ no cambiarás ?

— Es irrevocable.

— Entónces aun conservó la esperanza de ser en el mundo feliz. ¡ Adios !...

— ¡ Hasta la eternidad ! murmuró Edelmira, que no abrigaba las ideas de Cárlos, y tenia hecho el firme propósito de morir en la soledad del claustro.

El mancebo salió por la puertecilla del jardin. Una mujer le aguardaba en el dintel, se levantó al sentir el ruido, y siguió en silencio sus pasos hasta la esquina de la calle del Sordo, donde otra muy miserable y andrajosa le salió al encuentro.

Ambas murmuraron á un tiempo con voz débil y suplicante tono :

— ¡ Cárlos !

III

LA MENDIGA.

El jóven preguntó con mal gesto deteniéndose un instante :

— ¿Qué me queréis?

En esto las dos mujeres se miraron fijamente. Si alguna vez se habian visto, entónces no se reconocieron.

La mas andrajosa, que parecia una mendiga, dijo á la otra que iba envuelta en un rico pañuelo de Manila :

— ¡Señora, necesito hablar á este caballero!...

— Y yo tambien.

— No quiero que nadie escuche lo que tengo que decirle.

— Ni yo tampoco.

— En ese caso retiraos, le hablaréis despues.

— ¿Qué derecho os asiste para exigir la preferencia?

La mendiga acercándose á ella pronunció á su oído estas palabras :

— ¡ Soy su madre !

— ¿ Entónces tendréis la misma idea que yo ?

— ¿ Cuál es ?

— No dejarle marchar á su destino.

— Justamente.

— Habladle, pues, la primera y si no lo conseguís, avisadme.

Durante este breve diálogo, Cárlos que no pudo escuchar una palabra se fué retirando hácia la esquina opuesta.

La mendiga le alcanzó. Se le puso delante y abriendo con mano trémula la puerta de una miserable casa le dijo :

— ¿ Tenéis la bondad de pasar ? Una mujer muy desgraciada os suplica la concedáis unos breves instantes.

El jóven fijó en ella su escudriñadora mirada.

Á traves de los harapos que la cubrian, habia en aquella mujer cierto aire de distincion, cierto barniz de buen tono que excitaron la curiosidad de Cárlos, y sin decir una palabra, despues de breves instantes de vacilacion, la siguió por un portalillo oscuro y estrecho.

Entraron en un patio.

La mendiga, penetrando la primera en un cuartito húmedo y pequeño, encendió una luz, luego fué á cerrar la puerta y señalando un asiento al jóven, exclamó con voz ahogada, acaso por la emocion ó los remordimientos :

— Sentaos.

El miserable ajuar de aquel pobre aposento, componíase únicamente de una mesa de pino, una silla coja y medio desvencijada, otra en mejor uso, un jergon cubierto con una colcha de lana viejísima y deslucida. Debajo de la ventana habia un barreño con ceniza y algunos cacharros á su alrededor.

Cárlos, mirando todo esto con extraña curiosidad y permaneciendo en pié á pesar de la invitacion que se le hizo, exclamó :

— ¿Sois vos la mujer desgraciada que quiere hablarme? Si para excitar mi compasion me habéis traído á este sitio haciéndome perder un tiempo precioso, pudierais haberlo hecho en la calle.

El tono brusco con que fueron pronunciadas estas palabras debieron excitar la sensibilidad de aquella desgraciada, porque rompiendo á llorar amargamente se dejó caer en el jergon.

— No estoy para lloriqueos, repuso Cárlos con peor humor; hablad ó me marchó.

— ¡ Oh ! ¡ hijo mio, hijo mio ! ¡ es posible que no reconozcas á tu madre !... exclamó la mendiga clavando en él sus ojos llenos de lágrimas.

— ¡ Vos mi madre !

— Sí; mírame ; y levantando la cabeza se descubrió del todo.

— ¡ Vos Flora del Palancar !... ¿ La ilustre señora ; señora que arrastrando sus blasones por el fango, conduce á su propio hijo á la deshonra y al oprobio ?...

— ¡ Ay, hijo mio ! ¿ esa reconvencion en tu boca?...

— ¡ Quién os la ha de hacer, si solo yo sufro los efectos de vuestras perfidias !... Ahora mismo acaban de arrojarme al rostro el nombre de mi madre, como un padron de infamia, y no me queda otro recurso que huir á lejanos climas donde nadie me conozca, y pueda ocultar mi vergüenza creándome á fuerza de trabajo una posicion y un nombre.

— Pues bien, yo partiré contigo ; soy tu madre, y necesito reconciliarme con el cielo, siendo la esclava de mi hijo.

— ¡ Jamas ! ¡ yo no tengo madre ! la mia me abandonó en la niñez por orgullo ; si hoy me busca por necesidad no me encuentra.

— ¡ Me rechazas !...

La infeliz con los brazos abiertos habia esperado por único consuelo un abrazo de su hijo.

Este, sin dignarse fijar en ella una mirada compasiva, se lanzó hácia la puerta.

— ¡ Detente ! gritó Flora de rodillas y en actitud suplicante.

— ¿ Qué queréis ?

— ¡ Tu perdon !...

— ¡ Cuando me hagáis rico y feliz os le concederé !

— ¿ No mueve tu corazon la angustia de una madre ?

— Si esta madre hubiera sido la princesa de Florini, le moveria acaso.

— ¿ Y porque soy pobre me desprecias ?

— Porque sois una mendiga sin honor.

— ¡ Pero eres mi hijo !...

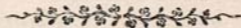
— ¡No os reconozco por madre!... ¡adios!...

Cárlos se lanzó á la calle precipitadamente.

Flora , desgarrándose el pecho con las manos y presa de horribles convulsiones, cayó en el miserable lecho sin alientos para detener á su desnaturalizado hijo, tan ingrato y cruel como ella misma.

No es extraño , los hijos, á semejanza de sus padres, suelen sacar sus mismos instintos y sus propias inclinaciones.

Á la mañana siguiente las vecinas la encontraron moribunda. Dieron parte á la autoridad y fué conducida al hospital.



IV

CURACION.

Ántes de proseguir desenlazando los enmarañados sucesos de nuestra novela, retrocederemos algunos meses para informar al lector de lo que aconteció á Flora, cuando abandonada y moribunda la dejaron los bandidos en la sierra de Altomira.

Cual fatídicos lamentos escucharon los pastores de aquellas inmediaciones, los gemidos que la arrancaba el dolor, y sus agudos gritos en demanda de socorro.

Muy cerca de aquel punto y situada á la márgen del Guadiela, habia una miserable choza que habitaba un anciano acompañado de su vieja consorte y dos hijas robustas y mofletudas, como buenas serranas, que se habian criado á la intemperie, siempre ocupadas en guardar sus cabras y sus corderillos.

Durante la noche despertó mas de una vez la pobre familia al oír los gritos de Flora. Empero, el terror los detuvo en su cabaña y no se atrevieron á salir.

El anciano y su mujer sostenian el siguiente diálogo :

— Mira , Prisca , me levantaria de buena gana ; pues creo que algun infeliz reclama auxilio.

— No seas tonto ; estáte quieto ; ya sabes que todos estos dias hemos estado viendo muchos hombres de aspecto sospechoso en las inmediaciones de la Cueva del Zorro , que sin duda alguna deben ser ladrones , y no conviene que caigas en sus garras.

— ¿ Y qué me han de hacer á mí ? ¡ si soy un pobre infeliz !...

— ¡ Tóma ! matarte para que no los descubras si están cometiendo algun crimen.

— Vaya , Prisca , es un cargo de conciencia el estarse quieto y sintiendo esos lamentos que parten el corazon.

— Pues hasta que amanezca no te dejo salir ; si quiera de dia , habrá pastores en la sierra que nos auxiliarán en caso necesario.

— Voy á levantarme á ver qué hora es.

El pastor salió á la ventana. La oscuridad de la noche no le permitió ver ni una estrella ; sin embargo , acostumbrado á vivir toda su vida en el campo , pudo conocer por ciertas señales que no tardaria en rayar el alba.

Las muchachas estaban despiertas y al oir á su padre , exclamaron :

— No abráis la puerta por Dios.

— ¿ Por qué , hijas mias ?

— ¡ Ay ! estamos asustadas ; esta noche hemos

sentido ruido de caballos y de armas, y por último un coche, partiendo á escape; pero lo que mas nos aterra son unos gemidos muy tristes que estamos escuchando hace mas de una hora.

— Es precisamente lo que á nosotros nos alarma, y estoy esperando que amanezca para ir á informarme, pues no me queda duda de que en la montaña ha quedado alguna víctima de los bandidos.

— Nosotras iremos tambien, no queremos dejaros solo.

— Bien, venid; la voz que se queja parece de mujer y acaso hagáis falta.

Una hora despues, y cuando apénas la aurora comenzaba á verter sus resplandores en las agrestes sierras, el pastor, seguido de su mujer y sus hijas, registraban la montaña.

Despues de muchos rodeos encontraron por fin á Flora en el mismo sitio en que la dejó Ataulfo.

Estaba desmayada.

— ¡Pobre señora! ¡está muerta!... decia Prisca.

— No lo creas; aun late su corazon, repuso el anciano.

— ¡Y debe ser una persona muy principal!... ¡qué manos tan blancas y tan finas!...

— ¡Y qué rico vestido de seda!...

— ¡Bien dije yo que seria una víctima!... hemos debido venir ántes, acaso ya no tenga remedio, está herida en el pecho y en el hombro.

— ¡Ay! llevémosla á nuestra cabaña, y en tanto, ves tu corriendo á Vellisca para que venga el cirujano

á ver si la salvamos, exclamó Prisca llena de compasion.

— Es lo mas acertado; lleváosla entre las tres, y yo voy volando á buscar auxilios.

— No se te olvide hacer que venga el señor cura, pues me parece no puede vivir mucho esta pobrecita señora.

— Abridla bien, y aplicad á las heridas, en tanto que llega el facultativo, aquellas yerbas maravillosas que nos dió el ermitaño.

— ¡ Hombre, ya lo sé ! ¡ no seas tonto ! ¡ tú echa á correr y avisa cuanto ántes á la justicia ! . . .

Flora habia ido volviendo en sí de su desmayo, y al oír las palabras de Prisca abrió los ojos, y extendiendo las manos hácia el pastor exclamó con voz débil :

— ¡ Deteneos !

— ¡ Voy á Vellisca ! . . .

— Por compasion quedaos, y dadme un poco de agua.

— ¿ No queréis que se avise á la autoridad ?

— No; socorredme vosotros si tenéis buen corazon.

— Ahora mismo vamos á trasladaros á nuestra choza.

— Bien, llevadme.

Al movimiento que hicieron para conducirla volvió á desmayarse, y no recobró el sentido hasta que el suave calor del hogar fué reanimando sus ateridos miembros.

Cuando miró en torno suyo se encontró en un lecho de pieles. La familia del pastor la rodeaba y un piadoso ermitaño curaba sus heridas con evangélica caridad.

— No habléis, señora, dijo este concluyendo de colocar el vendaje ; descansad un rato y estáis salvada, porque las heridas afortunadamente no son graves.

Cerró los ojos quedando sumida en una especie de aletargamiento que la duró muchos días.

Al encontrarse aliviada, pensó en su triste situación ; leyó repetidas veces la carta del conde de Cinkar y la de su hijo Carlos.

— ¡ Ay ! exclamó, ¿ quién habia de pensar que era él ? ¡ y yo misma insensata de mí le precipité en un calabozo !... ¡ Suerte fatal ! si segun pensaba, se enlaza secretamente con Edelmira, seria feliz, y tambien su madre tenia derecho á esperar la proteccion de ese orgulloso conde.

Embebida en estos pensamientos y medio loca de desesperacion y de dolor, dejó pasar algun tiempo hasta su completo restablecimiento.

El pobre pastor y sn honrada familia miraban con asombro aquella mujer sombría y cavilosa, horrorizándoles su aspecto y su demacrada figura.

El hermitaño continuó prestándola sus servicios quirúrgicos. Cuando la encontró bien, la dijo :

— Estáis curada.

— ¿ Y puedo emprender mi viaje á Madrid ?

— Sí, señora.

— Gracias, contestó con alegría.

Luego sacando de su dedo un anillo de brillantes, única prenda de algun valor que le quedaba, le preguntó :

— ¿Podriais venderme este anillo en cualquier pueblo de las inmediaciones?

— No será difícil.

— Intentadlo, pues ; vale doscientos duros, sacad el mejor partido posible, y no os vengáis sin dinero.

Efectivamente, aquella misma tarde se halló con recursos para pagar la hospitalidad que recibiera y para emprender su viaje á la corte.

En seguida que llegó, procuró disfrazarse, intentando por cuantos medios estuvieron á su alcance ver á su hijo ; lo cual no pudo conseguir, realizando al fin su vehemente deseo la noche que saben nuestros lectores. Como en todo este tiempo habian trascurrido seis meses, su miseria llegó á ser horrible, y si no la conducen al hospital hubiera muerto de hambre.

¡ Justo castigo ! ¡ justa expiacion á sus maldades !...
¡ Ella rechazó á su padre en el lecho mortuorio, y á su vez se vió rechazada y desconocida por su propio hijo !

¡ Cuántos dolores ! ¡ cuántas amarguras sufre el malvado al fin de sus dias ! ¡ Ah ! ¡ es una verdad innegable ! ¡ Lo que hagas con tus padres, tus hijos harán contigo !

V

OFERTA , PARTIDA Y MUERTE.

Cuando Cárlos dejando á su madre moribunda salió á la calle, fué detenido por una mujer.

— ¡Dejadme! la gritó con mal humor.

— ¿No me conoces, ingrato?

— ¡Ah! sois vos! exclamó mirando el enflaquecido rostro de la preñada al resplandor de un farol.

— Sí : la Colasa que te ama cada vez con mas delirio.

— Guardaos vuestras insulsas galanterías y decidme qué me queréis.

— Hablarte y verte.

— Pues yo ni uno ni otro necesito.

— ¡Así pagas mis beneficios!...

— ¿Qué habéis hecho por mí para que os lo agradezca?... ¡reducirme á la situacion en que hoy me ves, hacerme un vago, un hombre sin educacion, sin recursos para ser útil á su patria ni á sus semejantes! ¡Dejarme crecer en medio de los vicios y formar un

ente despreciable á vuestra semejanza, con el objeto de enlazaros á mí!...

— ¡Pero eras pobre; yo rica... y siempre te ofrecia ventajas!... Todavía son tuyas, acéptalas, y no te marches.

— ¡Apartad, insecto venenoso!... esas riquezas adquiridas por medio de la usura y el robo, las he tenido en mi poder y os las he devuelto. Guardadlas y comprad con ellas un esposo digno de vos.

— ¿Me desprecias?

— Y os odio.

— ¿Te empeñas en partir?

— Sí : ántes de una hora. Mi destino está en Ultramar y allá voy á buscar nombre y fortuna.

— Entónces adios; pero acuérdate de que á pesar de tus ingratos sentimientos, aun tiene la Colasa un corazon para amarte.

— ¡Gracias!... ¡adios, adios!...

Este último rasgo de la prendera debió quizá herir alguna fibra delicada, pues el jóven partió precipitadamente exclamando en su interior :

— ¡No me ha dicho otro tanto Edelmira!...

Una hora despues salió para Cádiz, donde debia embarcarse para ser conducido á su destino.

En tanto, en el palacio de Florini se activaban los preparativos de viaje.

Verificados los desposorios de Arturo y de don Constantino, resolvióse toda la familia á trasladarse á Italia con objeto de tomar posesion de sus estados y con la esperanza al propio tiempo de que mejorase la delicada salud de Edelmira.

Aquella tierna y hermosa flor, comenzó á languidecer cuando se creyó habia encontrado la felicidad con el amor de su padre.

El corazon humano necesita para vivir, fortalecerle un afecto santo, purísimo, que le vivifique y le aliente en la amarga carrera de la vida.

Edelmira sin amor, era cual una planta sin aire y sin sol que languidece y muere.

Se creyó curada con el paternal cariño y buscó en él un consuelo, un lenitivo á sus pesares, y sin embargo no fué bastante para borrar en el alma impresionable y pura de la hermosa niña aquel desengaño cruel que la habia herido tan vivamente, ni el recuerdo fatal de su primero y único amor.

Apénas sobrevivió tres años á su desventura.

No quiso volver á España y permanecieron en Florencia toda la familia, unidos siempre en la mas plácida armonía con la de don Constantino.

Tampoco Leticia tuvo valor para abandonar á sus hijas, ni la marquesa del Rio se apartó de su lado. Vivió muchos años la noble y generoso señora, muriendo, al fin, en brazos de su amada Leticia.

Edelmira ántes de su muerte recibió una carta de América. Era de Cárlos.

Toda la familia tuvo empeño por rodearla constantemente de las atenciones mas tiernas, y quisieron ocultársela temiendo encerrase alguna nueva fatal.

— ¡Oh! ¡leédmela, tengo valor para todo!... exclamó con voz débil.

Se abrió la carta, dentro habia un anillo, y escritas con trémula mano las siguientes líneas :

« Edelmira : tres años hace que abandoné la España, y con notable crueldad, ó mas bien con el egoísmo que hoy reconozco en mí, no quise devolverte el anillo nupcial que en un momento de ofuscacion entregaste á un hombre que no merecia ser tu esposo. Arrepentido de mi conducta te le devuelvo, ojalá seas feliz. Eres libre, ningun lazo te une ya al pobre desterrado, y aunque te uniera, pronto estaria roto por la inexorable parca.

» ¡Adios, hasta la eternidad !.....

» CÁRLOS. »

Á esta carta acompañaba otra de un compañero suyo, en la cual referia la muerte del infeliz Carlos, que pereció en un desafío, víctima siempre de sus instintos crueles y de su mala educacion.

Edelmira rogó por el alma del desventurado y entregó la suya al Señor con la tranquilidad de los mártires, rodeada de su desconsolado padre y de toda su familia, que miraban en ella á un ángel de bondad, de paz y de consuelo.

VI

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Era una tarde de invierno; un sol espléndido y hermoso bañaba el lujoso saloncito que solia habitar de continuo en su palacio de Madrid, la jóven marquesita de Pináres, ó sea nuestra simpática Honorata.

No obstante el dulce calor que los rayos del sol esparcian en el aposento, hallábase encendida la chimenea, y á uno y otro lado sentados en cómodas butacas estaban Rafael y Honorata.

La sonrisa de la satisfaccion y de la felicidad se reflejaba en el semblante de los jóvenes esposos, y su alegría era sublime cuando fijaban la vista en un hermoso niño de pocos meses que, en una dorada cunita, dormia con la tranquilidad de los ángeles.

Rafael soltó el libro en que leía y distraidamente se puso á tararear una cancion.

— ¡Silencio! vas á despertar á Rogelio, exclamó Honorata con la tierna inquietud de una buena madre que vela por el ángel de su amor.

— ¡Y es verdad! creía que estaba despierto.

Se levantó sin hacer ruido y sentándose cerca de la cuna que estaba colocada á la derecha de Honorata, se pasó largo rato embebido en la contemplacion de su querido hijo.

— ¡Qué hermoso está! murmuró con orgullo.

— Ciertamente, exclamó la jóven madre; ¡á mí me parece que no puede haber en la tierra una criatura mas bella!...

¡Oh santo y purísimo amor de madre!... Honorata expresaba lo que sentia su corazon y lo que sienten todas las madres.

Se imaginan que no hay hijos mas hermosos que los suyos; y por cierto que esta creencia, ó mas bien, este egoísmo es disculpable y hasta grato, porque nos manifiesta la ternura y la bondad de la que así se expresa.

Aun seguían los cariñosos padres contemplando á su hijo, cuando la puerta del salon se abrió lentamente, y sin que nadie las anunciase entraron dos hermanas de la Caridad.

— ¡Ah! ¡madre mia! dijo Honorata abrazando á la de mas edad.

— ¿Cómo estáis, hijos? ¿y mi querido nietecillo?... preguntó la religiosa con una voz tan melancólica y tan dulce que parecia una música suavisima.

— Nosotros bien, contestó Rafael, y nuestro Rogelio tan hermoso y encantador como siempre.

Nuestros lectores habrán reconocido en esta religiosa, á la noble marquesa viuda. Ella era en efecto;

habia cumplido su voto haciéndose hermana de la Caridad, tan luego como vió á sus hijós felices y satisfechos.

Estos por no separarse de su madre, volvieron otra vez á la corte, dejando muy á pesar suyo el castillo de Pináres y su deliciosa quinta de la Isabela.

Tres meses llevaba Sor María de la Merced, ejerciendo su santo ministerio y en este tiempo su fervoroso celo por los enfermos fué tan vivo, que llegó á resentirse su salud ; sin embargo, nunca consintió abandonar sus deberes, que tenia orgullo en cumplir con la mas exacta escrupulosidad.

Las tardes que sus ocupaciones la permitian, iba acompañada de otra religiosa á visitar á sus hijos, volviendo al hospital ántes de anochecer.

Apénas permanecié media hora con ellos, cuando se levantó para marcharse.

— ¿ Ya os vais ? preguntó Honorata con pena.

— Sí, hija mia, tengo algunos enfermos de peligro y no quiero separarme mucho tiempo de su lado.

— ¡ Todo para los pobres ; y tan poco para nosotros !...

— ¡ La caridad es ante todo !... ¡ ellos necesitan mi asistencia y mis consuelos, vosotros sois felices !...

— ¡ Pero y vos ! ¿ y vuestra salud, que cada dia es mas delicada ?... dijo Honorata.

Rafael añadió :

— Desengañaos, madre mia : no habeis nacido para respirar la atmósfera de un hospital.

— Lo conozco : mis fuerzas se agotan á veces, y

solo me sostiene la ardiente fe de mi alma, y el amor que me inspiran los infelices confiados á mi celo.

— Mas, confesad madre mia, que no podréis soportar mucho tiempo esa fatiga.

— Cuando pierda la esperanza de ser útil á mis semejantes, entraré en un convento á concluir mis dias en santa paz.

— ¿De manera que ni aun los dias de vuestra ancianidad nos concederéis? exclamó Rafael.

— ¡Oh! no; mi vida pertenece á Dios y he prometido consagrarle hasta mi último momento.

— No te canses, Rafael, exclamó Honorata : mamá quiere cumplir su destino en este mundo.

— ¡Sí! hija mia, el ángel gritó á mi oído, pastora, marquesa y monja ; hágase pues su santa voluntad.

— Pero no os dijo que aniquilaseis vuestra salud cuidando á los enfermos.

— Ese es un voto que me impongo en expiacion de mis pecados.

La hermana, que acompañaba á la marquesa y que durante la anterior conferencia permaneció silenciosa, rompió á llorar al oir estas palabras y exclamó :

— ¡ Vos que sois una santa habláis de pecados ! ¡qué diré yo! ¡infeliz de mí!

Honorata, reparando en ella, exclamó con viveza:

— ¡ Yo conozco ese rostro ! y vuestro acento no es la primera vez que resuena en mi oído.

La religiosa, arrojándose á sus piés, repuso con sincero arrepentimiento :

— ¡ Ah! señora, perdonadme, como me ha perdonado vuestra madre.

— ¡ Calla, es Atocha! dijo Honorata reconociéndola.

— ¡ Sí! yo soy, que os he ofendido, y vengo á implorar vuestro perdon.

— Levántate; estás perdonada, y cuéntame cómo es que llevas ese hábito.

— Porque soy hermana de la Caridad, y he jurado no separarme jamas de vuestra noble madre.

— ¿ Quién te ha hecho formar esa resolucion?

— Los desengaños.

— Es verdad, tu siempre has sido muy inocente y los malvados formaron de ti un juguete que manejaban á su antojo.

— Abusaron de mi credulidad, y de mi amor por Ataulfo.

— Tambien el pobre ha pagado bien sus crímenes, y el ser cómplice de Flora

— Cuando era conducido al patíbulo, le seguí hasta el pié del cadalso, y en un momento que pudo hablarme ántes de morir me dijo : « Implora de la familia de Pináres mi perdon y el tuyo. »

No tuve fuerzas para sufrir aquella escena y caí acometida de un accidente : al volver en mi acuerdo me halle en el hospital ; al pié de mi cama estaba cual ángel salvador la marquesa de Pináres.

— No, hija ; quien te asistia era Sor María de la Merced ; ten presente que el titulo de marquesa debe dársele á mi amada Honorata.

— ¿ Y el ejemplo de mi querida madre te ha convertido? preguntó Rafael.

— Su ejemplo y sus bondades, por cual llevo este santo hábito, llena de fe y de su consoladora esperanza, porque habiéndome perdonado en este mundo las personas á quienes tanto daño hice, tambien el Señor, viendo mi sincero arrepentimiento, tendrá misericordia de mí.

— ¡La bondad de Dios es infinita! exclamó en tono solemne Sor María de la Merced, cortando la conversacion y preparándose á marchar.

— ¿Ya os vais?

— ¡Sí! hijos míos, adios.

— Hasta mañana; si no venís, iremos nosotros.

— Como gustéis.

La madre y los hijos despidiéronse con vivas nuestras de ternura.

Al salir á la calle las dos religiosas, una magnífica carretela las aguardaba. El lacayo abrió la portezuela, empero la angelical María de la Merced exclamó :

— ¡Ah! ¡no, las siervas del Señor solo deben caminar á pié!..... y continuó andando hasta el hospital.

— ¡Es una santa! exclamaron con admiracion los criados.

— Es un ángel del cielo que el Señor ha dejado en este mundo para consuelo de la humanidad, añadió el portero, poniéndose la gorra que habia tenido en la mano hasta que desaparecieron las hermanas.

La misma opinion que los servidores de la casa

de Pináres tenia todo el mundo con respecto á la noble marquesa viuda.

En el trascurso de su vida , que se refiere en la primera y segunda parte de esta obra, siempre fueron la bondad y la mansedumbre las bases de su carácter angelical.

Las evangélicas virtudes la granjearon el renombre de buena, de piadosa, adquiriendo con él una auréola mucho mas bella y mas gloriosa que cuantas las vanidades del mundo hubiesen podido acumular sobre su frente.

En las contrariedades refugióse en el santuario de su purísima conciencia, llenando su alma la fe, la esperanza y la sublime caridad.

VII

LA ENFERMA DEL NÚMERO 3.

Sor María de la Merced, víctima de su celo religioso y de su heroica abnegacion, hallabáse enferma, lánguida y abatida, cuando escuchó decir á una religiosa :

— La enferma del número 3 se muere.

Inmediatamente olvidó sus dolores la angelical hermana de la Caridad, y abandonando el descanso que tanto necesitaba, se dirigió á prestar los últimos auxilios á la moribunda.

Era la primera vez que se acercaba á aquel lecho, sin embargo de que hacia muchos meses le ocupaba la misma persona.

Á la primera ojeada reconoció las facciones de la enferma.

Era Flora del Palancar.

El sello de la muerte veíase impreso en su rostro.

Sor María de la Merced la miró con lástima, y haciendo un penoso esfuerzo por contener su emo-

cion, preguntó al sacerdote que estaba sentado á la cabecera :

— ¿Ha confesado ?

— Todavía no ; apénas tiene alientos para articular una palabra, contestó.

— La fortaleceremos con esta benéfica bebida, para que cobre fuerzas y pueda preparar su alma.

Al decir esto, Sor María tomó de manos de otra religiosa la taza que contenia el calmante, y haciendo incorporar á la enferma, la dijo con angelical dulzura :

— Hermana mia, tomad esto, que os hará mucho bien.

Flora al escuchar aquella voz tan pura y armoniosa, se estremeció vivamente.

— ¡ Esa voz ! murmuró fijando la vista en la marquesa.

— ¿ Me conocéis ?...

— ¡ Sois la marquesa de Pináres ! gritó aterrada.

— No, hija mia ; soy únicamente Sor María de la Merced.

— ¡ Venís á asesinarme !...

— ¡ Vengo á salvar vuestra alma !...

— Imposible, he ofendido mucho á Dios.

— Pero su bondad es infinita.

— He causado muchos males...

— Os serán perdonados.

— ¿ Vos me perdonáis ?

— Con todo mi corazon.

— ¿ Y Honorata ?

— Tambien ; yo os concedo el perdon en su nombre.

— ¡ Oh alma generosa !

— Tranquilizaos : tomad este calmante, que os dará fuerzas para revelar vuestras culpas al ministro del Señor.

— Sí, dadme, porque tengo un infierno en el corazón.

— El saludable bálsamo de la religion calmará vuestros tormentos.

— ¿ Y hará callar este grito incesante de mi conciencia acusadora ?

— Desde luego, si el arrepentimiento es verdadero.

— ¡ Cuánto sufro ! dadme, dadme.

Con ansiedad febril apuró la bebida, y extendió sus manos hácia el sacerdote en actitud suplicante.

Las hermanas se retiraron.

En el semblante de la infeliz mujer se pintaban los remordimientos, la culpa y la indefinible expresion de un dolor sin medida.

Una hora despues, viéndose absuelta por el sacerdote, varió completamente su fisonomía, apareciendo en ella al par de la calma de la agonía, una consoladora esperanza.

— ¡ Sé que voy á morir ! murmuró.

— ¿ Y estáis dispuesta á comparecer ante el tribunal de Dios ?

— ¡ Ah ! padre mio, ya sabéis que he sido una gran pecadora, dejándome llevar de mis instintos de ambicion y de un orgullo satánico ; pero en este momento deploro mis pasados extravíos, conozco

mis culpas, y sinceramente arrepentida imploro con toda mi alma la misericordia divina.

— Preparaos pues á recibir los sacramentos.

Sor María de la Merced y Atocha volvieron á ocupar su puesto cerca de la enferma, no dejándola ni un solo momento en su larga y penosísima agonía.

Al amanecer del siguiente dia envió la marquesa á buscar á sus hijos ; se encontraba enferma y se agravó su mal con la escena que se vió obligada á presenciar.

— ¡ Cuán pálida estáis ! madre mia, dijeron Rafael y Honorata abrazando á su madre.

— ¿ Queréis saber la causa ?

— Lo deseamos.

— Tended la vista hácia el lecho número 3.

— Hay en el una enferma.

— Y bien, esa mujer está agonizando, y para que su alma pueda volar tranquila al otro mundo, necesita vuestro perdon.

— Decidnos su nombre.

— Es Flora del Palancar.

— ¡ Ella ! ¡ Dios mio !...

— Sí, perdonadla para que Dios os perdone.

— Morid en paz, tia mia ; no os guardo rencor, ni recuerdo si me habéis ofendido, dijo Honorata arrodillándose al pié del lecho.

La enferma, tendiendo sobre la generosa jóven una mirada de ternura, exclamó con voz débil :

— ¡ Dios te bendiga !

Luego cerró los ojos, la creyeron muerta ; pero los

volvió á abrir, y asiendo con ansia un crucifijo, le besó repetidas veces murmurando :

— ¡Ay! ¡perdonada!... ¡sí, sí, puedo morir tranquila, pero no feliz!... mi hijo... mi hijo, ni un beso de paz estampó sobre mi frente... yo fui mala hija... y él siguió mi ejemplo, siendo ingrato con su madre...

No tuvo fuerzas para proseguir y cayó sobre la almohada exhalando el último suspiro.

El sacerdote murmuró la oracion de los agonizantes.

Atocha, cubriendo con un lienzo el cadáver, vertió una lágrima de compasion.

Sor María de la Merced y Honorata rezaban arrodilladas.

Rafael contemplaba conmovido aquella escena, y exclamó con vez solemne :

— ¡Oh Dios mio! ¡cuán cierto es que todo delincuente halla en el mundo su castigo!...

— ¡Qué ejemplo nos ofrece esa mujer, muriendo en un hospital! ¡cuán grande! ¡cuán sublime!...

¡Ella, hija de una noble familia, que ha vivido siempre en la opulencia, que ha podido ser feliz en el mundo, y por dejarse dominar de la avaricia, la altanería y el orgullo, ha llegado á concluir sus días miserable, y sufriendo todos los dolores y las acerbas amarguras de un arrepentimiento doloroso!...

Rafael inclinó la cabeza con abatimiento; de pronto se lanzó hácia su madre, recibéndola en sus brazos y exclamando :

— ¡Madre mia!

— ¡ Oh Dios mio, se pone mala ! gritó Honorata.

Efectivamente, las fuerzas de la angelical marquesa estaban completamente agotadas, y no pudiendo sufrir el espectáculo que á su vista se ofrecia, cayó desmayada.

Mucho tiempo pasó despues de esta escena, postrada en el lecho, declarando los médicos que era su muerte inevitable si se empeñaba en continuar ejerciendo con tan sublime abnegacion su santo ministerio.

En vista de estas razones, y animada siempre de su fervor religioso, dispuso su entrada en uno de los principales conventos de la corte, adonde la siguió Atocha, cumpliendo su promesa de no separarse de su lado.

Santa resolucion que tuvo recompensa, pues ambas hallaron en la tranquila paz de su retiro la felicidad y la calma.

CONCLUSION.

VIII

AVARICIA CASTIGADA.

Mis amables lectores desearán saber el paradero de la Corneja, y acaso habrán creído que se salvó haciendo uso de sus muchas riquezas. No fué así ciertamente : toda persona avara es muy desconfiada y ella poseía esta cualidad en alto grado, por lo cual permaneció muchos meses en una prision lóbrega y oscura, sufriendo mil privaciones, y no quiso revelar á nadie su secreto ni dar las llaves del cuartito donde encerraba sus tesoros.

Ataulfo y algunos de sus compañeros pagaron con la vida los muchos robos y crímenes que tenían cometidos y que resultaron en la causa plenamente descubiertos. Empero la Corneja se salvó encerrán-

dose en una negativa absoluta, y no pudieron por otra parte probarle delito que mereciese gran pena. Estuvo mucho tiempo en la cárcel, y al fin fué puesta en libertad.

Su primer pensamiento, al verse libre, se fijó en la calle de Atocha; allí estaban sus riquezas, allí su porvenir y su fortuna. Temerosa de que la hubieran robado, corrió con toda la rapidez que sus enflaquecidas piernas la permitían.

Subió con celeridad hasta el piso principal y halló la puerta según la había dejado con doble cerradura, y sin la menor señal de haber sido fracturada.

Con un gran suspiro de satisfacción manifestó que sus recelos se disipaban.

Abrió con mano trémula, volvió á cerrar por dentro, y sin detenerse fué á la alcoba donde buscando el secreto del armario y palpando con ambas manos el cajoncito, dió un grito de gozo :

— ¡Aquí está! ¡no me han robado!... exclamó.

En aquel momento sintió que llamaban á la puerta.

— ¡Oh! ¿quién será?... murmuró vivamente alarmada.

El cuarto era sumamente pequeño y la puerta de entrada estaba tan cerca de la alcoba, que los de fuera debieron oír quizá las exclamaciones que dejó escapar la Corneja.

Los golpes se redoblaron.

— Abrid, nada temáis, somos nosotros, gritó una voz bien conocida de la vieja, porque sin cuidarse de mirar por el ventanillo, abrió inmediatamente.

Se abalanzó como una ardilla al cuello de los recién llegados y con las mayores muestras de alegría exclamaba :

— ¡ Sois vosotros ! ¡ ay ! ¡ yo creí no ver mas á ninguno de mis conocidos ! ¡ qué felicidad ! ¡ López y German, los dos primeros que encuentro !... ¿ Pero quién os ha dicho dónde me hallaba para venir á buscarme aquí ?

— Una casualidad, contestó López.

— ¡ Dios la bendiga ! exclamó interrumpiéndole.

— Déjanos descansar y contestaremos á ese torrente de preguntas.

— Sí, sí ; venid, sentaos.

Entraron en la sala.

— Tienes un cuartito muy modesto para lo rica que tu debes ser, dijo German.

— ¡ Yo rica ! ¡ ay ! no lo creas.

— Ya sabemos que acabas de salir de la cárcel ; como que desde allí venimos detras de ti corriendo como gamos y no te hemos podido alcanzar.

— ¡ Es verdad ! ¡ infeliz de mí ! mas de dos años he pasado en un calabozo.

— Si hubieras aprontado algunas monedas, estarías libre hace algun tiempo.

— ¡ Y dónde las tengo ! os aseguro que ni un maravedí me quedó despues de vuestra partida, solamente estos cuatro muebles que ahora tendré que vender para ir comiendo, hasta que con mis buenas mañas pueda abrirme camino ; pero y vosotros ¿ dónde habéis estado ?

— En Francia ; muy alegres y divertidos, hasta hace poco tiempo que una noche le cortamos la cabeza á uno que nos andaba molestando y hemos tenido necesidad de escapar, diciendo con el adagio : *Á tu tierra, grulla, etc.*

— ¡ Cuánto me alegro ! ¡ al fin volvemos á reunirnos ! ¿ y qué tal de metálico ?

— Eso no falta, el dinero de Flora se ha multiplicado allende los Pirineos.

— ¿ Y qué pensáis hacer ?

— Ya lo veremos ; por de pronto, si nos das hospitalidad vivir en tu casa, y luego pondremos algun establecimiento semejante á la hostería, donde tu serás la reina.

— ¡ Que me place ! apruebo esa resolucio. Mi casa es vuestra y yo desde ahora me encargo de buscar un par de princesas tan lindas como Rosa y Flor del Espino pero no tan tontas.

— Ciertamente eran timoratas y necias como ellas solas, dijo López.

— Y han hecho suerte con encontrar á su madre ; pues segun hemos oido casaron muy bien y se marcharon á Italia.

— Hicieron bien ; aquí no podian pasar por grandes señoras, despues de estar dos años en una taberna, exclamó la Corneja.

— ¿ Y cómo estando en la cárcel has adquirido tantas noticias ? preguntó German.

— Por Tragabálas ; ¿ os acordáis de aquel perillan que estaba de criado con Ataulfo ? Pues bien , él ha

hecho suerte, miéntras su amo ha muerto en el patíbulo.

— ¿Pues cómo ?

— Encargado por Flora de asesinar á la condesa Honorata, le dió la buena idea de salvarla en vez de ejecutar aquella órden, y agradecidos á este servicio, han conseguido su indulto y le han nombrado guarda del monte de Pináres.

— Convirtiéndole ademas en hombre honrado, ¿no es eso ?

— Cierto ; no piensa en ingresar otra vez en compañía de ladrones, sino en cumplir su deber. Estuvo á visitarme en la cárcel, y me contó ademas de la buena suerte de las chicas, la santa resolucion de la marquesa viuda.

— ¿De la que fué pastora ? ; He oido que era hermana de la Caridad !...

— Ya es monja en un convento de esta corte ; hace mas de un mes que profesó.

— ¿De modo que ha venido á ser pastora , marquesa y monja ?

— Y hermana de la Caridad, aunque poco tiempo, porque su salud llegó á resentirse de tal modo que tuvo necesidad de abandonar el hospital para trasladarse á una morada mas pacífica.

— Dejémosla, pues, que ella termine sus dias santamente y vamos á otra cosa, dijo German levantándose con impaciencia.

— ¿Qué quieres ?

— Qué he de querer, Corneja, cenar y acostarme; llevo dos noches sin dormir.

— El caso es que yo ni tengo cena, ni camas preparadas.

— Por nosotros no te incomodes; con este sofá y esta butaca tenemos bastante para pasar la noche; mañana Dios dirá.

— Sí; pero la cena...

— Tampoco hay que apurarse, añadió López sacando un enorme trozo de jamon y un panecillo.

— Estáis muy provistos.

— ¡Ya lo creo! nuestra vida ambulante lo requiere así.

Durante la conversacion de los tres antiguos amigos, habian trascurrido algunas horas. En varios relojes sonaron las doce de la noche, cuando la Corneja, tomando una luz dió las buenas noches á sus huéspedes y se fué á su alcoba.

Estos se fingieron dormidos, y cuando ella cerró la puerta se acercaron con sigilo á observar lo que pasaba dentro.

Dividia la alcoba de la sala una endeble vidriera cubierta por dentro con unas cortinillas de percalina verde, las que cerraban el paso á la luz, mas no fueron bastante á impedir el espionaje de López y German.

La Corneja ató el picaporte y sentándose muy tranquila delante del armario, abrió el cajon y se puso á contemplar su tesoro con ojos de codicia.

— Mientras ellos duermen, murmuró para sí, voy

à contar el dinero que tengo , ni siquiera lo sé. Veamos.

Tendió una mirada recelosa hácia la sala, y aunque oyó una especie de ronquido, era tan desconfiada que variando de parecer cerró el cajon y dijo para sus adentros :

— ¡ Vaya! vaya! ¡ mas vale dejarlo para cuando este sola!... pueden oir el ruido.

— ¡ Vieja taimada! exclamó German.

— ¿ Has visto? exclamó á su oído López; en ese cajon guarda sus riquezas; esperaremos que se duerma.

— ¡ Si esa arpía no duerme! la avaricia la quita el sueño. Vamos ahora mismo.

German empujó fuertemente la puerta vidriera y todos los cristales saltaron.

El ruido que hicieron al caer, les impidió oir un grito que salió del cuarto bajo y que angustiado repetia :

— ¡ Fuego! Fuego!...

La Corneja se volvió rápidamente, y al ver delante de sí en actitud amenazadora á los que juzgaba entregados al reposo , no pudo contener una exclamacion de sorpresa :

— ¿ Qué queréis?

¡ Qué abras allí!... dijo López señalando al cajon del armario.

— ¡ Nunca!

— ¡ Ahora mismo! vengan esas llaves; German, sujétala y yo se las quitaré.

Entre los tres se trabó una lucha desesperada que se prolongó por espacio de una hora ; la Corneja se defendia como una leona. Por fin , cayó vencida. López arrancándola con furia las llaves abrió , y despues de ver lo que contenia levantó en alto el cajoncito, mostrándole con aire de triunfo á su compañero.

En tanto la alarma habia cundido por toda la casa. Un fuego voraz consumia el piso bajo y ya las llamas subian por la escalera y asaltaban los balcones del cuarto principal habitado por la Corneja, y en el que tenia lugar una escena de diferente especie.

— ¡Ladrones! infames! ¡vais á robarme mis ahorros de tantos años!... ¿las fatigas de toda mi vida?...

Sin embargo de hallarse postrada por los fuertes golpes que la dieron, aun sacó fuerzas de flaqueza y se arrastró hácia ellos.

— ¡Aparta, bruja! la dijo German rechazándola.

López volvió la caja sobre una mesa, y separando las alhajas del dinero, se dispuso á contarlos, exclamando con alegría :

— ¡Ya somos ricos! ¡Oh! ¡cuánto valen todos estos brillantes!...

— ¡Partamos por igual!... dijo German.

— ¡Infames! ¡pícaros! ¡traidores!... seguía gritando la Corneja.

El ruido de sus voces ahogada el estruendo que se sentia en la parte exterior de la casa.

La avaricia ensordecía el alma de aquellos miserables que no vieron el peligro hasta que les fué imposible evitarle.

Antes sufrieron otra acometida de la Corneja que, con un esfuerzo sobrehumano, llegó á apoderarse de las alhajas y echó á correr con ellas hácia la puerta.

— ¡Detenla ! exclamó German.

Mas no hubo necesidad ; ella misma retrocedió ahogada por el humo y las llamas que, habiendo prendido en la puerta de la escalera, penetraban en el pasillo.

Volvieron á la sala horrorizados.

— ¡ Salvémonos por el balcon ! dijo la Corneja, olvidándose de todo para pensar en el riesgo inminente que corrian.

— ¡ Es verdad ! pero no dejemos esto.

Detuviéronse un momento los dos compañeros para llenar los bolsillos de monedas, miéntras la Corneja, sin soltar las joyas que tenia estrechamente abrazadas, abria las vidrieras. Los cristales saltaron y un torrente de fuego penetró en la sala.

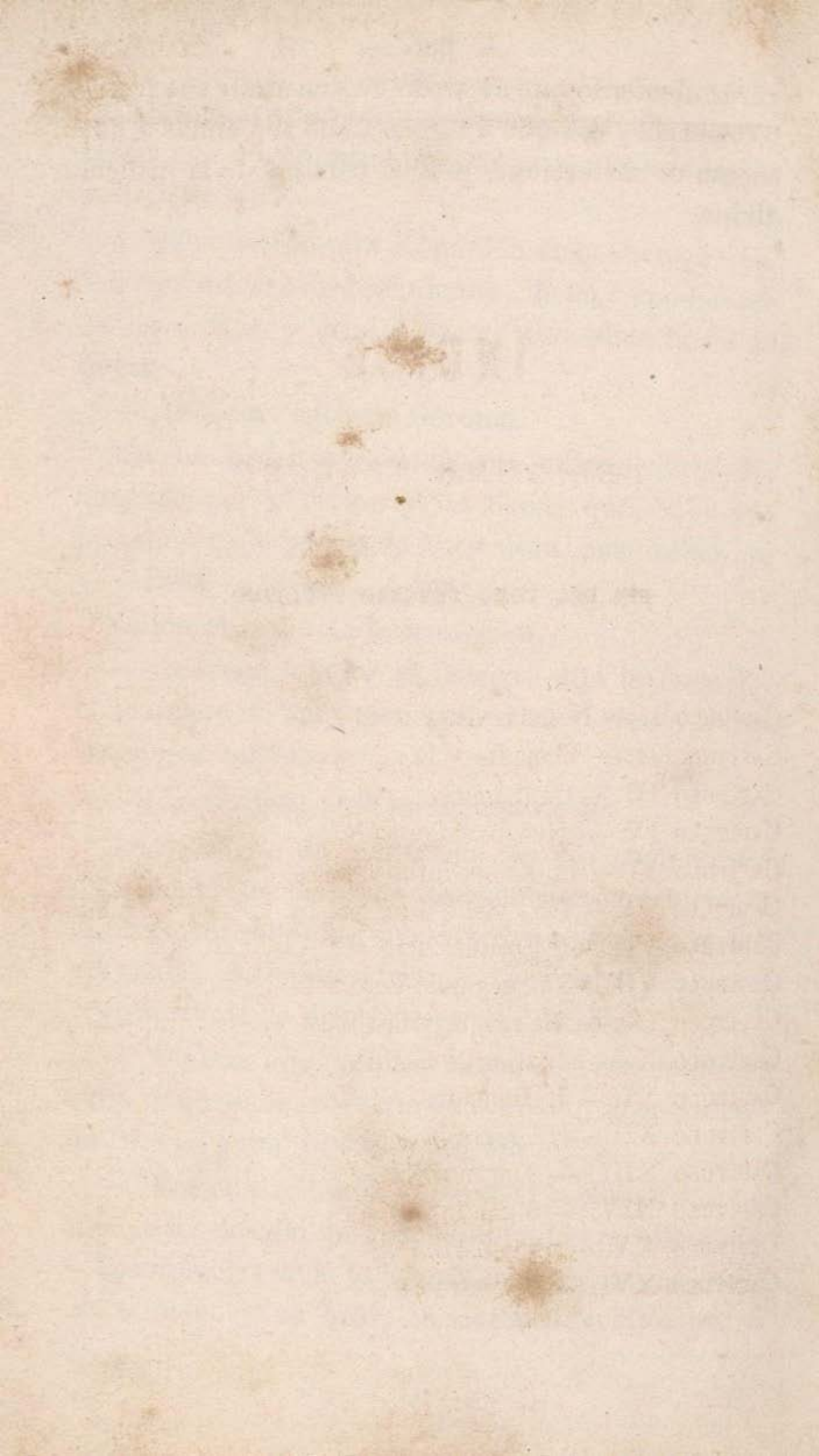
— ¡ Oh Dios mio ! ¡ no hay salvacion para nosotros ! gritó angustiada, cayendo de rodillas y acordándose de Dios en aquel supremo instante.

— ¡ Estamos rodeados de llamas ! exclamaron á un tiempo los dos amigos, cayendo en tierra sofocados.

Los muebles de la sala comenzaron á arder, cundió el fuego y en breve se vieron envueltos por el

voraz elemento que no tardó en consumir sus frágiles cuerpos, volando á otro mundo sus almas á dar cuenta de sus acciones ante el tribunal de la justicia divina.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO.



ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO.

CAPÍTULO I. — Noticias de la corte	5
CAPÍTULO II. — El padre y la hija	11
CAPÍTULO III. — Confidencias.	18
CAPÍTULO IV. — Nuevos dolores.	24
CAPÍTULO V. — La amiga íntima	32
CAPÍTULO VI. — Una visita á los palcos	39
CAPÍTULO VII. — El primer acto.	45
CAPÍTULO VIII. — El segundo entreacto	51
CAPÍTULO IX. — La madre y las hijas.	57
CAPÍTULO X. — El taller de modista	64
CAPÍTULO XI. — Indagaciones	70
CAPÍTULO XII. — El regreso	74
CAPÍTULO XIII. — Dos noticias.	81
CAPÍTULO XIV. — Sigue la intriga	88
CAPÍTULO XV. — Epístola.	95
CAPÍTULO XVI. — Los retratos	101

CAPÍTULO XVII. — Datos importantes.	108
CAPÍTULO XVIII. — Amor maternal	115
CAPÍTULO XIX. — Agonía y enlace.	122
CAPÍTULO XX. — La quinta del Jarama.	130
CAPÍTULO XXI. — ¡Oh! mi madre!	137
CAPÍTULO XXII. — El estudio del pintor.	145
CAPÍTULO XXIII. — Cita nocturna.	152
CAPÍTULO XXIV. — Preparativos	158
CAPÍTULO XXV. — Dos padres para una hija . . .	164
CAPÍTULO XXVI. — Notas.	171
CAPÍTULO XXVII. — Contestacion	179
CAPÍTULO XXVIII. — Los cómplices	185
CAPÍTULO XXIX. — La convalecencia.	192
CAPÍTULO XXX. — Arrepentimiento	201
CAPÍTULO XXXI. — Los bandidos	207
CAPÍTULO XXXII. — Pastora, marquesa y monja.	216
CAPÍTULO XXXIII. — El puñal de Tragabálas . .	222
CAPÍTULO XXXIV. — Castigo	228

EPÍLOGO.

I. Doble enlace	236
II. Despedida	243
III. La mendiga	248
IV. Curacion	253
V. Oferta, partida y muerte	259
VI. La hermana de la Caridad	263
VII. La enferma del número 3.	270
VIII. Avaricia castigada	276

